

PROTECTORES INVISIBLES

Charles Leadbeater



PROTECTORES INVISIBLES

Por

Charles Webster Leadbeater

MARDETEOSOFIA.COM

Indice

[Universal Creencia en Ellos](#)

[Algunos Ejemplos Modernos](#)

[Experiencia Propia](#)

[Los Ayudantes](#)

[La Realidad de la Vida Suprafísica](#)

[Intervención Oportuna](#)

[Historia de un Ángel](#)

[Historia de un Incendio](#)

[Materialización y Repercusión](#)

[Los dos Hermanos](#)

[Nafragios y Catástrofes](#)

[La Tarea entre los Muertos](#)

[Otros Aspectos de la Tarea](#)

[Cualidades Necesarias](#)

[El Sendero Probatorio](#)

[El Sendero Apropriado](#)

Qué hay Más Allá

Ángeles Guardianes y otros Ayudantes Invisibles

Universal Creencia en Ellos

Una de las más hermosas características de la Teosofía es la de representar a las gentes de un modo más racional las verdades, para ellas realmente provechosas y consoladoras, de las religiones en cuyo seno crecieron y se educaron. Muchos de los que rompieron la crisálida de la fe ciega, y en alas de la razón y del instintivo criterio se remontaron al más elevado nivel de nobilísima y libérrima vida intelectual, echaron de ver, sin embargo, en el proceso de este glorioso aventajamiento, que al renunciar a las creencias de su infancia perdieron la poesía y encanto de la existencia.

No obstante, si sus vidas fueron en lo pasado suficientemente buenas para aprovechar por ellas la oportunidad de recibir la benéfica influencia de la Teosofía, muy pronto se percatarán de que no lo perdieron todo, sino que aun ganaron en exceso; que la gloria y la belleza y la poesía resplandecen allí con mayor intensidad de lo que hubiesen podido anhelar antes; y no ya como placentero sueño del que en cualquier tiempo les despierta bruscamente la fría luz de los sentidos orgánicos, sino como verdades de investigable naturaleza, que cuanto mejor comprendidas llegarán a ser más robustas, perfectas y evidentes.

Notable ejemplo de esta benéfica acción de la Teosofía es la manera cómo el mundo invisible (que antes de anegarnos la ola enorme del materialismo fue considerado como fuente de todo auxilio humano) ha sido restituido por ella a la vida moderna.

La Teosofía demuestra que no son meras supersticiones sin significado alguno, sino hechos naturales con fundamento científico, las creencias, consejos y tradiciones populares respecto de los trasgos, duendes, gnomos, hadas y espíritus del aire, del agua, de los bosques, montañas y cavernas.

A la eterna pregunta de si el hombre vive después de muerto, responde la Teosofía con científica exactitud, y sus enseñanzas acerca de la naturaleza y condiciones de la vida de ultratumba irradian

efluvios de luz sobre muchos problemas metafísicos que, por lo menos para el mundo occidental, estaban anteriormente sumidos en impenetrables tinieblas.

Nunca será ocioso repetir que en punto a estas enseñanzas relativas a la inmortalidad del alma y a la vida futura, se coloca la Teosofía en posiciones totalmente distintas de las que ocupan las religiones confesionales; pues no apoya estas profundas verdades en la única autoridad de antiquísimas Escrituras o Libros sagrados, sino que prescindiendo de opiniones ultra piadosas y especulaciones metafísicas, se atiene a hechos positivos y reales y tan a nuestro alcance como el aire que respiramos o las casas en que vivimos; hechos que muchos de nosotros experimentamos constantemente y que son la cotidiana ocupación de algunos de nuestros estudiantes.

Entre las hermosas ideas que la Teosofía nos ha restituido, aparece preeminentemente la de la gran acción auxiliadora de la naturaleza. La creencia en ella ha sido universal desde los albores de la historia, y aun hoy lo es si exceptuamos los estrechos recintos religiosos del protestantismo, que ha desolado y entenebrecido la conciencia de sus fieles con el empeño de negar la natural y verdadera idea de los mediadores, reduciendo toda directa comunicación espiritual entre el hombre y la Divinidad, con lo que el concepto de Dios quedó indefinidamente degradado y el hombre sin auxilio.

No se necesita mucho esfuerzo de meditación para comprender que la vulgar idea de Providencia, el concepto de una interferencia errática entre el poder central del universo y el resultado de sus propios decretos, supondría parcialidad o privilegio, y, por lo tanto, la interminable serie de males que de ella necesariamente dimanarían.

Libre de esta objeción se halla la Teosofía, porque enseña que el hombre sólo recibe auxilio cuando por sus pasadas acciones lo merece, y que aun así, lo recibirá únicamente de los seres en superior cercanía a su nivel psíquico. Esta enseñanza nos conduce a la inmemorial y ya lejana idea de una no interrumpida escala de seres que desde el Mismo Logos desciende hasta el polvo debajo de nuestros pies.



Así como la historia de la escalera de Jacob, Génesis 28:11-19.

La existencia de Protectores invisibles ha sido reconocida siempre en Oriente, aunque se les haya designado con diversos nombres y atribuido diferentes caracteres según los países.

Aun en Europa dan prueba de esta misma creencia las continuas intervenciones de los dioses en los asuntos humanos, como relatan los historiadores griegos. También la leyenda romana atribuye a Cástor y Pólux mediación favorable a las legiones de la naciente república, en la batalla del lago Regilo.



Grabado de 1880 representando a Cástor y Pólux en la batalla, por John Reinhard Weguelin.

Semejantes creencias no desarraigaron al terminar la edad antigua, sino que tuvieron sus legítimas derivaciones en los tiempos medievales, como lo demuestran las apariciones de santos en el momento crítico de las batallas para cambiar la suerte de la guerra a favor de las huestes cristianas; o de ángeles guardianes que a veces intervinieron y salvaron a un viajero piadoso de lo que de otra manera habría sido una destrucción segura.

Algunos Ejemplos Modernos

Aun en esta incrédula época y entre la vorágine de nuestra civilización del siglo diecinueve, a pesar del dogmatismo de nuestra ciencia y el aburrimiento mortal de nuestro protestantismo, puede hallar quienquiera que se tome el trabajo de fijar la atención en ellos, numerosos ejemplos de mediación protectora, inexplicable desde el punto de vista del materialismo. A fin de darle al lector prueba de ello, resumiré brevemente unos cuantos ejemplos de los referidos por escritores veraces, y además otros dos de que adquiriré noticia directa.

Circunstancia muy atendible en estos recientes ejemplos es que, según parece, la mediación tuvo casi siempre por objeto proteger o salvar a la infancia.

Incendio en Holborn

Hace pocos años sucedió en Londres un interesante caso relacionado con la salvación de un niño en un terrible incendio que estalló cerca del barrio de Holborn, destruyendo por completo dos casas. Las llamas habían obtenido tal dominio; antes de que se dieran cuenta, que los bomberos no pudieron salvar las casas. Lograron salvarlos a todos excepto dos: una vieja que murió asfixiada por el humo, antes de que los bomberos pudiesen auxiliarla, y un niño de cinco años de quién nadie se había acordado entre la turbación y pánico. Sin embargo, semejante olvido tenía su fundamento psicológico, porque el niño no habitaba de ordinario en aquella casa, sino que obligada su madre a ir a Colchester para asuntos de familia, lo había confiado aquella noche a la hospitalidad de una parienta suya que era precisamente inquilina de una de las casas incendiadas. Así es, que cuando todos estuvieron a salvo y los edificios envueltos en llamas, se acordó la pobre mujer con espanto del niño cuya guarda le habían confiado. Viéndose impotente de volver a la casa y llegar hasta la alcoba del niño, prorrumpió en desesperado llanto; pero un bombero se resolvió entonces a intentar un supremo esfuerzo, y

enterado por la inquilina de la exacta situación de la alcoba, penetró heroicamente por entre aquel infierno de fuego y humo. A los pocos minutos reaparecía con el niño sano y salvo, sin el más leve rasguño.

El bombero refirió que la alcoba estaba ardiendo y con la mayor parte del suelo hundido, pero que las llamas, contra su natural propensión, retorcían sus lenguas hacia la ventana de modo tal que jamás lo había él notado en su larga experiencia del oficio, dejando enteramente intacto el rincón donde estaba la cama del niño, aunque ya se veían medio quemadas las vigas del techo. Dijo también que había encontrado al niño presa del natural terror, pero que al acercarse a él con serio peligro de su vida (y esto lo declaró el bombero repetidas veces), vio una figura como de ángel “gloriosamente plateado y resplandeciente, inclinado sobre la cama en actitud de cubrir al niño con la colcha”.

Estas últimas fueron sus propias palabras. Añadió después que no había sido víctima de alucinación alguna, porque el ángel estaba rodeado de un nimbo de luz y pudo verle distintamente por unos cuantos segundos, antes de que desapareciese al acercarse a la cama del niño.

Otra circunstancia curiosa de este suceso fue que, aquella misma noche, la madre del niño no pudo conciliar el sueño en su alojamiento de Colchester, viéndose continuamente atormentada por la tenaz idea de que a su hijo le amenazaba una desgracia. Tan persistente fue el presentimiento, de tal modo que al final se vio obligada a levantarse y pasar un tiempo en oración ferviente para que el pequeño pudiera estar protegido del peligro que instintivamente sentía. La intervención fue así evidentemente lo que un cristiano llamaría “respuesta de una plegaria”; pero un teósofo, expresando la misma idea con más científica frase, dirá que el interno desbordamiento del amor maternal constituyó la fuerza aprovechada por uno de nuestros protectores invisibles para salvar al niño de espantosa muerte.

Un Paseo al lado del Rio

Otro caso de milagrosa protección a la infancia ocurrió en las riberas

del Támesis, cerca de Maidenhead, pocos años antes del ya referido.

Esta vez el peligro no provino del fuego, sino del agua. Tres pequeñuelos, que, si mal no recuerdo, vivían en el pueblo de Shottesbrook o cerca de allí, fueron a dar un paseo con su niñera por la orilla del río. De pronto, en una revuelta se les echó encima un caballo que remolcaba una lancha y en la confusión del atropello dos de los niños se adelantaron hacia el lado izquierdo de la soga y tropezando en ella cayeron al río. El barquero, al percatarse del accidente, se lanzó con intento de salvarlos, pero asombrado vio que como por milagro flotaban sobre el agua, moviéndose suavemente hacia la orilla. Esto fue lo que el barquero y la niñera presenciaron; pero los niños refirieron acordemente que “un hermoso joven de resplandeciente blancura” había estado junto a ellos en el agua, sosteniéndolos y guiándolos hacia la orilla. La hija del barquero, que a los gritos de la niñera acudió desde su choza, dijo en corroboración del relato de los niños, que también ella había visto como “una hermosa señora” los conducía hacia la orilla.

Sin conocer todos los detalles del caso expuesto, es imposible asegurar qué especie de protector era este ángel, pero la opinión más razonable se inclina a suponerle un ser humano de adelantado perfeccionamiento que actuaba en el plano astral, según veremos más tarde al discurrir sobre este asunto, desde el punto de vista de los protectores con preferencia al de los protegidos.

Amor de Madre

El conocido sacerdote Dr. John Mason Neale, cita un caso en el que se muestra más distintamente la acción protectora. Cuenta el reverendo que un hombre recién enviudado fue de visita con sus niños a la casa de campo de un amigo. Era la casa vieja, estaba aislada, y en la planta baja había largos y oscuros corredores por donde los niños acostumbraban a jugar placenteramente al escondite.



John Mason Neale, tradujo las liturgias orientales al inglés y escribió un comentario místico y devocional sobre los Salmos.

Pero en aquella ocasión quisieron subir al primer piso muy asustados, y dos de ellos dijeron que, al pasar por uno de los corredores, se les había aparecido su madre, mandándoles retroceder. Examinado el lugar del suceso, se evidenció que de subir los niños unos cuantos peldaños más, se hubiesen caído a un patio descubierto, interpuesto en su camino. La aparición de su madre los salvó así de una muerte segura.

En este ejemplo parece indudable que la misma madre estaba cuidando todavía por sus hijos desde el plano astral, y que (según ha sucedido en algunos otros casos) su intenso deseo de preservarlos del peligro en que tan descuidadamente iban a perecer, le dio la facultad de manifestarse visible y auditivamente por un instante, a sus hijos; o

tal vez sólo la de sugerirles la idea de que la veían y escuchaban. Es posible también que cualquier otro protector, para no amedrentar a los niños, tomase la figura de la madre; pero la hipótesis más racional es atribuir la mediación a los efectos del siempre vigilante amor maternal utilizado al cruzar los dinteles de la muerte; porque este amor, uno de los más santos y abnegados sentimientos humanos, es también uno de los más persistentes en los planos suprafísicos. No sólo cuida y vela por sus hijos la madre que mora en los niveles inferiores del plano astral, y por consiguiente en roce con la tierra, sino que aun después de remontarse a las celestiales esferas, mantiene sin desmayo el pensamiento en sus hijos, y la opulencia de amor que derrama sobre las imágenes que de ellos forja, constituye un potísimo desbordamiento de fuerza espiritual que fluye sobre sus pequeñuelos, todavía sujetos a las condiciones de este mundo inferior, rodeándolos de vívidos núcleos de provechosa energía que bien pudieran considerarse como verdaderos ángeles de la guarda. Explicación de esto hallará el lector en la página 38 de nuestro sexto manual de Teosofía.

El mejor ejemplo de imaginación creativa en la tierra es uno que se nos presenta constantemente: el juego inocente de los niños. Unos cuantos pedazos de palo, una piedra o dos y un charco de agua proporcionarán al niño normal y sano todos los materiales físicos con los que construirá una marina y un magnífico puerto en su propia mente. La muñeca más fea suele ser la favorita; ¿por qué? Porque le da más espacio a la imaginación de la pequeña niña; el vestido fino con ojos móviles, etc., en realidad destruye el borde agudo de la imaginación activa, la que recientemente vino del Devachan. Observe a los niños que juegan en la casa y descubrirás que con pocas “propiedades” pueden desarrollar todo un drama; una buena lección sobre la acción de la facultad constructora de la imaginación en Devachan se puede aprender de esta manera. — (Sexto Manual de Teosofía, pág. 38)

Nota: [Devakhan] (Tibetano) La “morada de los dioses”. Un estado intermedio entre dos vidas terrestres, en el cual el EGO (Âtmâ-Buddhi-Manas, o sea la Trinidad hecha Uno) entra, después de su separación del Kâma-Rûpa y de la desintegración de los principios inferiores

después de la muerte del cuerpo en la tierra. Devachan es el nombre que en lenguaje teosófico se da al cielo o mansión de bienaventuranza, y literalmente traducido significa: morada resplandeciente o mansión de los dioses.

Carruaje

No hace muchos años, la hija menor de un obispo anglicano salió a pasear con su madre por las calles de la ciudad en donde vivían, y al cruzar inadvertidamente de una a otra acera, la niña fue atropellada por los caballos de un carruaje que embocaba por la esquina. Viéndola su madre entre las patas de los animales, se abalanzó con el natural temor de que hubiese recibido grave daño; pero la niña se levantó ilesa del suelo, diciendo: *“¡Oh mamá! No me he hecho daño, porque un alguien, vestido de blanco, evitó que los caballos me pateasen, y me dijo que no tuviera miedo.”*

Perdidos en el Bosque

Un caso ocurrido en el condado de Buckingham cerca de Burnham Beeches es notable por haber persistido durante bastante tiempo la manifestación física del auxilio espiritual. En los ejemplos anteriores, la intervención fue de pocos momentos, mientras que en el que vamos a referir duró el fenómeno más de media hora.

Dos niños de un modesto granjero se quedaron a jugar en la solana mientras sus padres y toda su familia se dedicaban al trabajo de la cosecha. Los pequeños, ansiosos de corretear por el bosque, se alejaron demasiado de la casa y no dieron con el camino de vuelta. Cuando los fatigados padres regresaron al oscurecer, se descubrió que faltaban los niños y después de buscarlos infructuosamente por las casas vecinas, enviaron a los jornaleros en pesquisas por distintas direcciones. Sin embargo, toda la exploración resultó inútil, volviéndose al cortijo con afligido semblante; pero entonces vieron a lo lejos una luz extraña que se movía lentamente a través de los campos lindantes con la carretera. La luz tenía la forma de una esfera de hermoso color dorado, enteramente diferente de la de los relámpagos,

permitiendo distinguir a los dos niños que todavía correteaban por el campo iluminado por la prodigiosa claridad. Los padres y sus criados acudieron inmediatamente al paraje indicado, persistiendo la luz hasta que, reunidos con los niños extraviados, se desvaneció dejándolos en la oscuridad.

Lo sucedido fue que al llegar la noche y viéndose perdidos, erraron los niños por el bosque después de pedir socorro a gritos durante algún tiempo, hasta que al fin el sueño los rindió al pie de un árbol. Luego, según ellos mismos dijeron, los despertó una hermosísima señora que llevaba una lámpara y que, cogiéndolos de la mano, los iba encaminando a casa cuando sus padres los encontraron. Por más que los niños dirigieron algunas preguntas a la aparición, ésta no hizo más que sonreír sin pronunciar palabra. Los dos niños demostraron tal convencimiento en el relato, que no era posible de ninguna manera sacudir su fe de lo que habían visto. Digno de mención es, sin embargo, que aunque todos los circunstantes vieron la luz y pudieron distinguir perfectamente los árboles y plantas que caían dentro del círculo de iluminación, para ninguno de ellos, sino para los niños, fue visible la aparición.

Experiencia Propia

Los ejemplos relatados son bastante conocidos y cualquiera puede leerlos en los libros en que se publicaron y particularmente en el del Dr. Lee titulado: Más vislumbres del Mundo invisible; pero los dos casos que ahora estoy a punto de dar nunca han sido publicado antes, y ambas ocurrieron en los últimos diez años, habiéndome sucedido uno de los casos a mí mismo y el otro a un querido compañero en creencias y eminente miembro de la Sociedad Teosófica, cuyo escrupuloso espíritu de observación desvanece la más ligera sombra de duda.

El caso que personalmente me atañe es muy sencillo, aunque no carece de importancia para mí, puesto que sin duda, me salvó la vida.

La voz de un Maestro

En noche de borrasca iba yo por una de las calles adyacentes a Westbourne Grove, forcejeando por mantener abierto el paraguas contra las violentas ráfagas de viento que a cada instante amenazaban arrebatármelo de las manos, sin que este esfuerzo físico me distrajera de pensar en los detalles de un trabajo literario que ya tenía comenzado.

De pronto me sobrecogió el sonido de una voz muy conocida, la de un maestro hindú que gritó a mi oído: “Retrocede”. Rápido como el pensamiento, obedeciendo casi maquinalmente al aviso, me eché hacia atrás, y con la violencia del movimiento se me escapó el paraguas, al mismo tiempo que cuatro pasos más allá del sitio en que estaba, es decir, en el mismo punto por donde yo hubiera pasado en aquel instante de no advertirme la voz, se estrellaba contra el pavimento de la calle un enorme sombrerete de chimenea. El mucho peso de este artefacto y la velocidad propia de su caída, bastaran seguramente a dejarme en el sitio si de tan prodigioso modo no me advierte del peligro la voz del maestro. Por la calle no pasaba nadie, y el hindú cuya conocida voz había oído, estaba a siete mil millas de distancia por lo

que atañe al cuerpo físico.

No fue esta la única ocasión en que recibí supra-normal auxilio. En mis mocedades, mucho antes de fundarse la Sociedad Teosófica, la aparición de una persona amada y recientemente fallecida, me impidió cometer un acto que ahora considero delictuoso y que entonces me parecía no sólo justo, sino loable y necesario.

En fecha más reciente, pero anterior también a la fundación de la Sociedad Teosófica, una advertencia recibida de elevadas esferas en muy emocionantes circunstancias, me incitó a aconsejar a un amigo que no siguiera por el camino emprendido, cuyo término, según ahora veo, hubiera sido desastroso, aunque entonces no tenía yo motivo racional para ni siquiera suponerlo.

Véase, pues, cómo apoyo en no escaso caudal de experiencia propia mi firmísima fe en la existencia de protectores invisibles, aun prescindiendo de cuanto sé respecto al auxilio que continuamente están prestando en nuestros días.

Buen Karma

El otro caso es mucho más sorprendente. Una de nuestras consocias, que me permite relatar el sucedido bajo condición de no citar su nombre, se halló cierta vez en serio peligro. Por circunstancias que es ocioso referir, se vio envuelta en una refriega callejera y acometida por varios hombres con intención de derribarla al suelo, de modo que parecía completamente imposible escapar con vida del lance. Súbitamente experimentó una extraña sensación, como si la arrebatasen de entre la contienda, y se halló completamente sola y salva en una callejuela paralela a la en donde ocurría el disturbio, cuyo rumor escuchaba distintamente. Absorta en el pensamiento de lo que le había sucedido estaba la señora, cuando irrumpieron en la callejuela dos o tres hombres escapados de la pelea, quienes, al verla, demostraron gran asombro y mucho placer, diciendo que, al notar la desaparición de la valerosa dama de en medio de la refriega, creyeron que verdaderamente la habían derribado al suelo.

No pudo la señora tener ulterior explicación del suceso y regresó

confusa a su casa; pero al referírsele algún tiempo más tarde a la señora Blavatsky le dijo ésta que un Maestro habría enviado adrede a alguien para protegerla, en consideración a que por su karma estaba destinada a librarse de aquel peligro y emplear su vida en obras meritorias.

De todos modos, el caso es realmente extraordinario, no sólo por el gran poder ejercido, sino por la prodigiosa manera de ejercerlo. No es difícil suponer el *modus operandi*. La señora hubo de ser levantada en vilo por encima de las casas y colocada instantáneamente de pie sobre el pavimento de la calle paralela; pero como su cuerpo físico no fue visible durante el transporte aéreo, es de suponer que lo cubriera un velo de materia etérea. Podrá objetarse que lo que oculta un cuerpo físico ha de ser también sustancia física y por lo tanto visible; pero a esto replicaremos diciendo que, por un procedimiento muy familiar a los estudiantes de ocultismo, es posible doblar los rayos de luz (que, según las leyes hasta hoy conocidas por la ciencia, solo se emiten en línea recta, excepto cuando se refractan), de modo que después de pasar alrededor de un objeto, vuelvan a proseguir exactamente su primitiva dirección. De esto se infiere que, en semejantes condiciones, será un objeto

absolutamente invisible para la mirada física hasta que los rayos lumínicos se restituyan a su normal trayectoria. Estoy completamente convencido de que bastará esta sola hipótesis para que los actuales hombres de ciencia diputen por absurda mi explicación; pero yo me limito a exponer una posibilidad natural que sin duda descubrirá la ciencia del porvenir, y quienes no sean estudiantes de ocultismo deben esperar hasta entonces la corroboración de mi teoría.

Como he dicho, el procedimiento será de fácil comprensión para quienes conozcan una mínima parte de las ocultas fuerzas de la naturaleza; pero el hecho es eminentemente dramático, y si me fuera lícito publicar el nombre de la protagonista, tendrían los lectores una fianza cierta de veracidad.

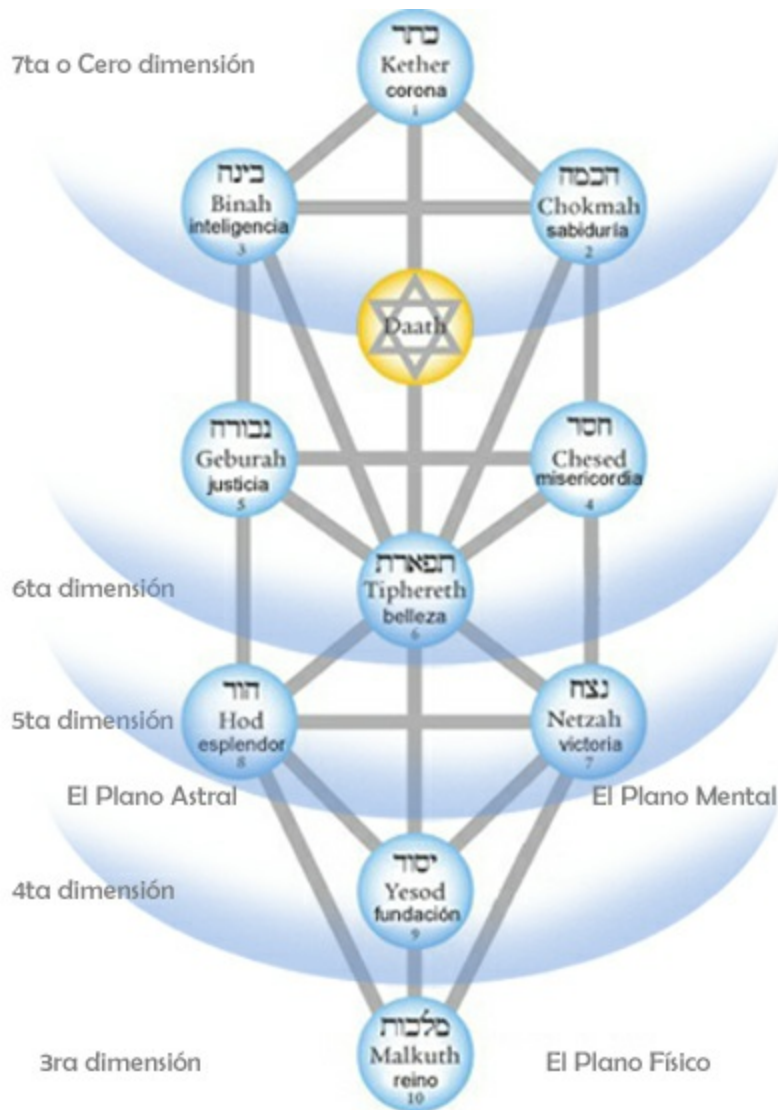
Sin embargo, estos casos referentes a lo que comúnmente se llama mediación angélica, solo dan incompleta muestra de la actividad de nuestros protectores invisibles. Pero antes de considerar otras

actualizaciones de su labor interventora, conviene que tengamos exacta idea de los diversos órdenes de entidades a que pueden pertenecer estos protectores.

Los Ayudantes

Varias de las muchas clases de habitantes del plano astral pueden concedernos su protección, que de este modo procederá alternativamente de los devas, de los espíritus elementales o de aquellos a quienes llamamos muertos, así como también de los que en vida actúan conscientemente en el plano astral, sobre todo los Adeptos y sus adoctrinados. Pero si examinamos el asunto un poco más de cerca, veremos que aunque todas las clases mencionadas pueden, y algunas veces lo hacen, tomar parte en este trabajo, sin embargo, sus acciones en el mismo son tan desiguales que prácticamente se deja casi por completo a una clase.

El hecho indudable de que esta obra de protección se realiza desde el plano astral o más allá de él, entraña en sí mismo toda explicación.



Las dimensiones del El Árbol de la vida de la Kabala

Quienquiera que tenga idea, siquiera débil, de lo que son las fuerzas sometidas a la voluntad de un Adepto, comprenderá que si éste funcionase en el plano astral, le fuera necesario malgastar tanta energía como si un físico eminente desperdiciara el tiempo en machacar la grava de un camino. El trabajo del adepto se encuentra en regiones más elevadas, en los niveles de arupa del plano devachánico (plano mental) o mundo celestial, donde puede dirigir sus energías a la influencia de la verdadera individualidad del hombre, y no a la mera personalidad que es todo lo que se puede alcanzar en el mundo astral o físico. La fuerza que expone en ese reino más exaltado produce

mejores resultados, de mayor alcance y más duraderos que cualquiera que pueda alcanzarse con el consumo de hasta diez veces la fuerza aquí abajo; y el trabajo elevado es el único que puede realizar cumplidamente, mientras que el comenzado fuera de su propia esfera, han de terminarlo aquellos que huellan los primeros peldaños de la celestial escala por la que algún día ascenderán a las alturas en donde el Adepto mora.

La misma consideración es aplicable al caso del deva, cuya labor parece que no tenga en su mayor parte relación alguna con la humanidad, a causa de que pertenecen a un empíreo de naturaleza mucho más elevada que el nuestro; y aun aquellos de entre sus varios órdenes, que a veces se compadecen de nuestras miserias y responden a nuestras impetraciones, antes actúan para ello en el plano mental o devachánico que en los astral y físico, prefiriendo para ello los períodos entre las encarnaciones, a los de las vidas terrenas.

Conviene recordar que algunos de estos casos de protección supranormal fueron observados durante las investigaciones acerca de los niveles del plano devachánico, emprendidas cuando estaba en preparación el Manual Teosófico concerniente a la materia.

Entre los casos observados, vale citar el de un corista, a quien un deva le enseñó un canto celeste de maravillosa melodía; y el de un astrónomo a quien otro deva de distinta categoría que el del primer caso, ayudó en sus empeñados estudios sobre la forma y estructura del universo.

Estos dos ejemplos son muestra de los muchos casos en que del vasto empíreo de los devas fluyeron auxilios para el progreso de la evolución humana y respuestas a las aspiraciones del hombre después de la muerte.

Por otra parte, medios hay de conseguir que estos elevados seres se acerquen a nosotros y nos comuniquen infinidad de conocimientos, si bien lograríamos más prontamente esta relación alzándonos a su plano, que invocándolos para que desciendan hasta nosotros.

El deva interviene muy raras veces en los sucesos ordinarios de nuestra vida mortal, pues está tan plenamente ocupado en las

sublimes tareas de su propio plano, que con dificultad se da cuenta de lo que sucede en el físico; y aunque a veces se llegue a percatar de alguna aflicción o miseria humana que excite su piedad y le incite a conceder su auxilio en algún modo, reconoce previsoramente que en el actual periodo de evolución produciría semejante auxilio muchísimos más males que bienes en la inmensa mayoría de los casos.

Indudablemente, hubo una época en la infancia de la humanidad, durante la cual recibieron los hombres más frecuentes protección del cielo que en nuestros días. Los Budas y Manús de entonces, y aun los maestros y guías menores, procedían de la cohorte de los devas o de la perfeccionada humanidad de otro planeta más adelantado, debiendo tan excelsos seres dar al hombre la protección de que tratamos. Pero, según progresa el hombre, llegará a ser por sí mismo apto para actuar de protector, primero

en el plano físico y después en los más elevados; y alcanzando entonces la humanidad el grado de perfeccionamiento en que pueda proveer y prever por sí misma, esos protectores invisibles quedarán libres para cumplir las más útiles y elevadas tareas de que sean capaces.

De esta manera se comprende que la protección a que nos referimos provenga precisamente de hombres y mujeres situados en cierto grado de su evolución, pero no de los Adeptos cuya aptitud se aplica a más provechosas y trascendentales obras, ni de los ordinarios seres carecientes de cierto desarrollo espiritual que no fueran capaces de utilizar.

Tal como debíamos inferir de estas consideraciones, vemos que la acción protectora en el plano astral y en los mentales inferiores, pertenece principalmente a los aleccionados por los Maestros, a hombres que, todavía distantes del Adeptado, se han desenvuelto hasta el punto de actuar conscientemente en dichos planos.

Algunos de ellos alcanzaron el último peldaño que sirve de eslabón entre la conciencia física y la de más altos niveles, teniendo por lo tanto la indudable ventaja de recordar en estado de vigilia lo que hicieron y aprendieron en otros mundos; pero también hay muchos

que aun cuando incapaces de dilatar su conciencia hasta el punto de conservarla constantemente, no por eso desperdician las horas en que ellos creen que duermen, sino que las emplean en nobles y altruistas obras en provecho del prójimo.

Antes de considerar lo que estas obras sean, examinemos una objeción muy frecuentemente suscitada con respecto a ellas, tratando al mismo tiempo de los raros casos en que los agentes protectores son ya espíritus elementales, y a hombres que lograron separarse de su cuerpo físico.

Las gentes con escaso e incompleto caudal de conocimientos teosóficos, dudan a menudo de si les será permitido auxiliar a quienes estén en aflicción o trabajo, por recelo de que su auxilio quebrante el destino decretado en suprema justicia por la eterna ley del karma. Dicen ellos: “Tal hombre se halla en tal estado, porque lo merece. Sufre actualmente las naturales consecuencias de alguna falta cometida anteriormente: ¿qué derecho tengo de perturbar la acción de la gran ley cósmica, con mi intento de mejorar su situación, ya sea en el plano astral, ya en el físico?”

Los que de este modo arguyen, exponen inconscientemente un concepto monstruoso, porque su proposición implica dos extravagantes presunciones: primera, que saben perfectamente lo que es el karma de otro hombre y por cuanto tiempo han de durar sus sufrimientos; y segunda, que ellos, los insectos de un día pueden preinterpretar en absoluto la ley cósmica e impedir por la acción de ellos el debido cumplimiento del karma. Podemos estar muy seguros de que las grandes divinidades kármicas son perfectamente capaces de obrar sin nuestro auxilio, y no hemos de temer que cualquier determinación que tomemos les ocasione la más leve dificultad o embarazo.

Si el karma de un hombre fuese tal que no permitiera auxiliarle, entonces todos nuestros esfuerzos, por bien dirigidos que estuviesen, serán inútiles, aunque con ello pudiéramos obtener un buen karma para nosotros mismos. Lo que el karma de un hombre pueda ser, no es cuenta nuestra y debemos, por lo tanto, ayudarle con todo ahínco. La acción auxiliadora nos pertenece; pero los resultados están en otras y más excelsas manos.

¿Cómo podemos saber el estado en que se halla la cuenta espiritual de un hombre? Tal vez en aquel punto acaba de terminar su karma penoso y se halla en el verdaderamente crítico de necesitar protección que le ayuda a sobreponerse a sus angustias; ¿por qué no hemos de tener nosotros, en vez de otros, el placer y la prelación de llevar a cabo tan buena obra? Si podemos protegerle, esta sola posibilidad nos demuestra por sí misma que merece protección; pero si no lo intentamos, jamás lo sabremos. En todo caso se cumplirá la ley de karma con nuestra mediación o sin ella, y, por lo tanto, no debemos conturbarnos en este punto.

Pocos son los casos en que la protección dimana de los espíritus elementales. La mayoría de estos seres se alejan de los lugares frecuentados por los hombres, para evitar el disgusto que les produce el ruido y desasosiego peculiares a los sitios en que mora el hombre. Por otra parte, a excepción de los de más elevada categoría, son generalmente inconstantes e irreflexivos, pareciéndose más como niños felices jugando en condiciones físicas extremadamente favorables que como entidades importantes y responsables. Puede suceder a veces, que alguno de ellos se adhiera a un ser humano y le proteja en ciertos casos; pero en el actual estado de la evolución de esos espíritus elementales, lógico es deducir que de ningún modo cooperan a la obra de los protectores invisibles.

Para el más detenido estudio de los espíritus elementales remitimos al lector a nuestro quinto Manual de Teosofía.

La protección puede provenir en ocasiones de los recién fallecidos que todavía perduran en el plano astral y siguen en contacto mediato con los sucesos terrestres, como probablemente tuvo efecto en el referido caso de la madre que salvó a sus hijos del precipicio. Sin embargo, fácilmente se comprende que han de ser muy raros los casos de esta especie de protección, pues por abnegada y caritativa que sea una persona, lo más probable es que, después de la muerte, se entretenga con plena conciencia en los niveles inferiores del plano astral desde los cuales es más accesible la tierra. En todo caso, a menos que fuese un malvado impenitente, estará en el reino desde donde toda mediación habrá de ser relativamente corta; y aunque desde el

mundo celeste pueda todavía derramar su benéfico influjo sobre aquellos a quienes amó en la tierra, más bien tendrá este influjo carácter de bendición general que de fuerza capaz de determinar definitivos resultados en casos particulares como los que hemos considerado.

Por otra parte, muchos de los idos que desean proteger a los aquí quedados, se ven completamente incapaces de dispensarles su protección en modo alguno, porque para actuar desde un plano sobre un ser sito en otro, es necesario que el último tenga exquisita sensibilidad o que el primero sea suficientemente instruido y hábil. Sin embargo, aunque ocurran apariciones momentáneas de recién fallecidos, es raro el caso en que hayan tenido utilidad o éxito en la intención que el aparecido llevaba sobre el pariente o amigo a quien se apareció.

Naturalmente, hay algunos casos en que podemos comunicarnos; pero son los menos en comparación con el gran número de apariciones.

Así que en vez de recibir nosotros protección de los muertos, sucede más comúnmente que sean ellos quienes estén necesitados de auxilio más bien que en disposición de prestárselo a otros. Por lo tanto, la principal parte de la acción correspondiente a esta esfera pertenece a las personas que en vida son capaces de funcionar conscientemente en el plano astral.

La Realidad de la Vida Suprafísica

A quienes solo estén acostumbrados a las vulgares y un tanto materialistas ideas del siglo, les parecerá difícil el realizar la condición de plena conciencia fuera del cuerpo físico. Todo cristiano, cualquiera que sea su secta, está obligado a creer en la existencia del alma; pero si le indicamos la posibilidad de que esta alma pueda tener realidad visible fuera del cuerpo, bajo determinadas condiciones, el noventa por ciento responderán desdeñosamente diciendo que no creen en almas, porque semejante idea es tan sólo una reminiscencia de las vanas supersticiones medievales.

Si no obstante apreciáramos tan sólo en mínima parte la obra de los protectores invisibles y aprendiéramos a corresponder a ella, nos libraríamos de las trabas opuestas por las ideas dominantes en este punto y trataríamos de alcanzar la gran verdad (ya evidente para muchos de nosotros) de que el cuerpo físico es sencillamente el vehículo o vestidura del hombre real. El cuerpo se desecha para siempre al morir; pero también puede dejarse temporalmente cada noche durante el sueño; porque dormir no es otra cosa que actuar el verdadero hombre en su cuerpo astral, fuera del físico.

Vuelvo a repetir que esto no es mera suposición ni tampoco ingeniosa hipótesis. Muchos de nosotros somos capaces de realizar cotidianamente, con plena conciencia, este acto de magia elemental, pasando a voluntad de uno a otro plano. Es evidente que a quienes tal realizan, debe de parecerles grotescamente absurda la irreflexiva afirmación de que es completamente imposible realizarlo. Sucede en esto lo mismo que si le dijésemos a un hombre que es imposible que se quede dormido, y que si cree dormir es porque está alucinado.

Ahora bien: el hombre que todavía no ha desenvuelto el eslabón entre las conciencias física y astral, es incapaz de salir voluntariamente de su denso cuerpo orgánico, o por lo menos de recordar lo que le ha sucedido fuera de él; pero no obstante, cierto es el hecho de que lo abandona cada vez que duerme y que los clarividentes pueden notar la presencia del espíritu flotante sobre el cuerpo o vagando en torno de él

a mayor o menor distancia según el caso.

El espíritu que carece de todo grado de desenvolvimiento, permanece comúnmente flotando informe muy cerca de su cuerpo físico, poco menos dormido que éste, como entre-soñoliento, no siendo posible apartarlo de la inmediata vecindad del cuerpo físico, sin riesgo de producir una turbación que lo despierte. Según evoluciona el hombre, su cuerpo astral va definiéndose con mayor conciencia y llega a ser su más cómodo vehículo. En las personas instruidas y cultas es ya muy considerable el grado de conciencia, y por poco desarrollo espiritual que un hombre tenga, se halla tan en sí mismo en el cuerpo astral como en el físico. Pero, aunque durante el sueño sea plenamente consciente en el plano astral y capaz de moverse en él a su albedrío, no infiere aún que está en disposición de sumarse al conjunto de protectores. Muchos

de los que se hallan en aquella situación psíquica, están de tal modo aferrados a su círculo de pensamientos (generalmente continuación de los iniciados en las horas de vigilia), que se parecen a los hombres cuya atención, abstraída en un solo ensueño, los separa de cuanto sucede alrededor. Y en muchos sentidos, es bueno que esto sea así, porque hay mucho en el plano astral que puede ser desconcertante y aterrador para alguien que no tuvo el coraje de un conocimiento pleno de la verdadera naturaleza de todo lo que vería.

Algunas veces llega el hombre a salir gradualmente por sí mismo de esta inferior condición y despierta en el mundo astral, viéndolo tal como es; pero por lo común permanece en estado de soñolencia, hasta que alguien quien ya esta activo le coge por la mano y lo despierta. Sin embargo, no debe tomarse muy a la ligera esta responsabilidad, porque si es relativamente fácil lograr que un dormido despierte en el plano astral, no hay medio práctico de restituirlo al estado de sueño físico sino por la nociva acción de la influencia mesmérica. Así es que antes de que un activo despierte a un dormido, debe aquel estar plenamente convencido de que éste se halla en disposición de dar buen empleo al sobreañadido poder que ha de ponerse en sus manos, y también de que sus conocimientos y su valor son fianza de que ningún daño ha de sobrevenirle como resultado de su acción.

Este despertar así realizado, pondrá al hombre en potencia de unirse, si quiere, al conjunto de los protectores de la humanidad; pero hemos de tener muy en cuenta que esto no implica necesaria ni aun contingentemente la facultad de recordar durante la vigilia lo que se hizo en el sueño. Esta facultad ha de adquirirla el hombre por sí mismo, y en la mayor parte de los casos no llega a poseerla hasta años después y quizá ni en toda la vida. Felizmente, este vacío de memoria cerebral no impide en modo alguno la acción fuera del cuerpo físico; así es que ello sólo tiene importancia para la satisfacción de que un hombre conozca en vigilia las obras en que se empleó durante el sueño. Lo verdaderamente importante es que la obra se realice, aunque no la recordemos.

Intervención Oportuna

A pesar de su variedad, toda actuación en el plano astral converge a impulsar, si bien en débil grado, el proceso evolutivo de la raza. Ocasionalmente se relaciona con el desenvolvimiento de los mundos inferiores, que es posible acelerar ligeramente bajo determinadas condiciones. Nuestros preceptores Adeptos reconocen distintamente un deber hacia los mundos elemental, vegetal y animal, cuyo progreso en algunos casos sólo se efectúa por medio de sus relaciones con el hombre. Pero naturalmente, la mayor y más importante parte de esta acción está relacionada, de uno u otro modo, con el género humano. Los servicios prestados son de muchas y varias clases, aunque principalmente concernientes al desarrollo espiritual del hombre, pues como al principio dijimos, son rarísimas las mediaciones con objeto material.

No obstante, pueden suceder ocasionalmente, y por más que mi deseo fuera mostrar la posibilidad de prestar auxilio mental y moral a nuestros prójimos, tal vez convenga exponer dos o tres ejemplos en que amigos míos auxiliaron materialmente a quienes estaban en extrema necesidad, a fin de ver por esos ejemplos, cómo concuerda la experiencia de los protectores con el relato de los protegidos. Estos ejemplos pertenecen al orden de los que comúnmente se llaman “sucesos providenciales”.

En el curso de la reciente rebelión en Matabeleland, uno de nuestros miembros fue enviado en comisión de salvamento, lo cual, dicho sea de paso, puede servir como una muestra de los medios de ejercer protección sobre este mundo inferior.

Nota del editor: El Ndebele del Norte fue referido históricamente como el Matabele y en marzo de 1896 Matabele se reveló contra la autoridades de la Compañía Británica de Sudáfrica.



Guerrero de Matabeleland en traje de baile, por Thomas Baines.

Según parece, cierto labriego y su familia, habitantes en aquel país, estaban una noche durmiendo tranquilamente en imaginada seguridad y del todo ajenos a que, cerca de allí, implacables hordas de salvajes enemigos estaban emboscados ideando infernales arterías de muerte y depredación. Nuestro consocio llevaba el encargo de infundir en la dormida familia el sentimiento del terrible peligro que tan inadvertidamente la amenazaba, pero no veía manera fácil de cumplirlo. Inútilmente trató de suscitar en el cerebro del colono la idea del inminente peligro, y como la urgencia del caso requería medidas extremas, resolvió nuestro amigo materializarse lo suficiente para sacudir por el brazo a la esposa del labriego e incitarla a levantarse y mirar en torno. Se desvaneció nuestro amigo en cuanto vio que había logrado su intento, y la mujer del labriego ignora todavía

quién de sus vecinos la despertara tan oportunamente para salvar la vida de toda la familia que, sin aquella misteriosa intervención, hubiera sido asesinada en sus camas hora y media más tarde. No comprende aún la buena mujer cómo el compasivo vecino pudo protegerla en aquella ocasión, estando cuidadosamente atrancadas todas las puertas y ventanas de la granja.

Al verse tan bruscamente despertada, creyó la labriega que había soñado. Sin embargo, se levantó de la cama y exploró la granja para convencerse de que todo estaba en su sitio, siendo gran fortuna el que así lo hiciese, pues si bien nada notó de anormal en la puertas, echó de ver, en el momento de abrir un postigo, que el cielo estaba enrojecido por efecto de un lejano incendio. Despertó entonces a su marido y familia, pudiendo refugiarse, gracias a este oportuno aviso, en el poblado próximo, a donde llegaron en el preciso momento en que los salvajes arrasaban los campos y destruían la granja, aunque contrariados por no hallar la presa humana que esperaban. Puede el lector imaginarse la emoción que experimentaría nuestro consocio, al leer algún tiempo después en los periódicos la providencial salvación de aquella familia.

Historia de un Ángel

Otro caso de intervención en el plano físico ocurrió hace poco tiempo, aunque esta vez solo tuvo por objeto la salvación de una vida humana. Pero digamos antes unas cuantas palabras a modo de preliminar. En el conjunto de protectores aquí en Europa, hay dos que fueron hermanos en el antiguo Egipto y que todavía están estrechamente ligados uno a otro. En su actual encarnación hay entre ellos mucha diferencia de edad, pues mientras uno promedia la vida, el otro es aún niño por lo concerniente al cuerpo físico, aunque un ego de considerable perfeccionamiento y grandes esperanzas.

Naturalmente, corresponde al mayor conducir y guiar al menor en la oculta tarea a que tan cordialmente se entregan, y como ambos son plenamente conscientes y activos en el plano astral, emplean la mayor parte del tiempo, durante el sueño de sus cuerpos físicos, en trabajar bajo la dirección de su común Maestro, dando a vivos y muertos toda la protección de que son capaces.

Supliré la relación pormenorizada del caso con la copia de una carta escrita por el mayor al menor; inmediatamente después del sucedido, pues la descripción que se da en ella es más viva y pintoresca que el relato que pudiera hacer un tercero.

Buscábamos nueva labor cuando de pronto exclamó Cirilo: “¿Qué es eso?” Habíamos oído un terrible grito de angustioso horror. En un instante nos trasladamos al lugar de donde partiera y vimos un niño de once a doce años que se había caído de una peña y estaba muy mal parado con una pierna y un brazo rotos; y lo que todavía era peor, con una horrenda herida en el muslo, por la que salía la sangre a borbotones. Cirilo exclamó:

“Déjame curar en seguida, porque si no va a morir”.

En circunstancias semejantes es necesaria la rapidez de pensamiento. Dos cosas era posible hacer: cortar la hemorragia y procurar asistencia médica. Para ello era preciso que yo o Cirilo nos materializáramos, porque teníamos necesidad de manos físicas, no

solo para atar las vendas, sino además para que el infeliz muchacho viese a alguien junto a él en tal peripecia. Yo conocía que si por una parte estaría el herido más a su gusto con Cirilo que conmigo, por otra sospechaba que me sería más fácil a mí que a Cirilo el prestarle auxilio.

La división de la tarea era evidente.

El plan se realizó a la perfección. Materialicé a Cirilo instantáneamente (pues él no sabía aún efectuarlo por sí mismo) y le sugerí la idea de que tomase el pañuelo que el herido llevaba al cuello y se lo atara vendado al muslo con dos vueltas. “¿No le haré sufrir terriblemente?”, repuso Cirilo; pero hizo lo que yo le ordenaba y se contuvo la hemorragia. El herido parecía medio inconsciente y apenas podía balbucir palabra; pero contemplaba en su mutismo la refulgente aparición que sobre él se inclinaba y preguntó:

“¿Sois un ángel, señor mío?” Cirilo sonrió levemente y respondió: “No; soy un niño que ha venido en tu auxilio.” Entonces dejé que le consolase y me fui en busca de la madre del niño, que vivía a una milla de distancia.

No puedes imaginarte el trabajo que me costó infundir en aquella mujer la idea de que sucedía una desgracia y persuadirla a inquirir cuál pudiera ser. Por fin dio de mano al utensilio de cocina que estaba limpiando y exclamó en alta voz: “¡Ay! No sé que me pasa, pero siento como si me excitaran a ir en busca del chico.” Ya puesta en sobresalto, pude guiarla sin gran dificultad, por más que al mismo tiempo tenía que sostener la materialización de Cirilo con mi fuerza de voluntad, a fin de que no se desvaneciera la visión angélica a los ojos del herido.

Miren, cuando se materializa una forma mudamos la materia de un estado en otro transitoriamente opuesto, por decirlo así, a la ley cósmica; y que si distraes de ello la atención por medio segundo, vuelve a su prístina condición con la instantaneidad del relámpago.

Así yo no podía atender sino a medias a la mujer; más no obstante la conduje como pude, y apenas llegó al pie de la peña, hice que desapareciera Cirilo, no sin que ella pudiese verlo, y desde entonces tiene la aldea entre sus más hermosas tradiciones la de la mediación de un ángel en aquel memorable suceso.

Ocurrió el accidente por la mañana temprana, y aquella misma tarde observé desde el plano astral lo que sucedía en casa del lisiado. El pobre niño yacía en la cama muy pálido y débil con los rotos huesos de pierna y brazo ya en su sitio y vendada la ancha herida, pero con seguro pronóstico de recobrar la salud.

Junto a él estaban la madre y gran golpe de vecinos a quienes ella refería el caso de modo que por conseja tomara la relación quien conociese la verdad de los hechos.

En atropellada frase explicó ella como había tenido la presunción de la desgracia por la idea que de repente le sobrevino de que al chico le pasaba algún percance y que por lo tanto debía ir en su busca; como al principio, creyéndose presa de alucinación pasajera, trató de desechar la idea, pero que por fin se resolvió a escuchar el aviso. También refirió que, sin darse cuenta de ello, se había dirigido derechamente a la peña en vez de tomar por otro camino, y que al descubrir el paraje, halló a su hijo caído contra una roca, viendo que arrodillado junto a él estaba el más hermoso niño que hasta entonces imaginara, todo vestido de blanco, resplandeciente como un sol, con mejillas de rosa, ojos negros y sonrisa de ángel.

Que en aquel punto había desaparecido súbitamente el niño, dejándola por de pronto sin saber que pensar; pero que luego conoció quien era y cayó de rodillas dando gracias a Dios por haberle enviado un ángel en socorro de su pobre hijo. Prosiguió relatando cómo al levantarlo para llevárselo a casa, quiso quitarle el pañuelo que le vendaba la pierna; pero él no lo consintió en manera alguna, diciendo que el mismo ángel se lo había vendado. También contó que poco después de llegar a casa había declarado el cirujano que de desatar la venda hubiera muerto el niño sin remedio.

Después repitió las manifestaciones del herido, asegurando que en el momento de acercársele el ángel (presumía que era un ángel porque desde la cima de la peña no había visto a nadie en media milla a la redonda, aunque no podía comprender por qué no tenía alas ni por qué le había dicho que solo era un niño) le había levantado de la peña y vendándole la pierna, diciéndole entonces que estuviera tranquilo, porque ya habían ido a avisar a su madre, que llegaría sin tardanza; de

cómo le había besado prodigándole consuelos, y como su blanda y tibia pequeña mano le sostuvo durante todo aquel rato, mientras le contaba hermosas y maravillosas narraciones de las que tan solo podía recordar que eran muy conmovedoras, porque casi se olvidó de que estaba herido hasta la llegada de su madre; como entonces el ángel le prometió que pronto volverían a verse, y sonriendo y estrechándole la mano desapareció instantáneamente.

Desde aquel día se inició una enérgica reacción religiosa en la aldea. El párroco les dijo a sus feligreses que aquella prueba de la intervención de la Providencia divina era un aviso para que no se burlaran de las cosas santas y además una prueba de la verdad de las Sagradas Escrituras y de la religión cristiana. Nadie echó de ver, sin embargo, el extraño concepto que implicaba tan peregrina afirmación.

Pero en el niño el efecto del suceso fue indudablemente provechoso, tanto moral como físicamente; pues según se sabe había sido hasta entonces muy aficionado a escapatorias atrevidas; pero ya conoce que su ángel puede acercársele en toda ocasión, y se guardará muchísimo de decir o hacer cosa alguna deshonesta, vil o iracunda, por temor de que pudiese verle u oírle. Su mayor anhelo es que llegue el día de contemplarlo otra vez, y presiente que su amable rostro será el primero con quien al morir se encuentre más allá del sepulcro.

En verdad una hermosa y conmovedora pequeña historia. La moral inferida del suceso por los aldeanos y su párroco, tal vez no pueda servir de ejemplo; pero la evidencia de que existe algo más allá de este mundo físico, debe contribuir sin duda a que las gentes sean más buenas que malas, y sobre todo, contribuirá a ello la afirmación de la madre al asegurar que vio un ser real y verdadero, aunque de tener más sólidos conocimientos, tal vez se hubiera expresado de distinto modo.

Un interesante detalle, descubierto después en sus investigaciones por el autor de la carta, da luz sobre los motivos del suceso.

Supo que los dos niños habían vivido en la tierra, algunos miles de años antes, siendo el despeñado esclavo del otro, y que como aquel salvara en cierta ocasión la vida de su amo con riesgo de la propia, le

había concedido la libertad en recompensa; y que ahora, al cabo de luengos siglos, el dueño no solo satisfacía la deuda cumplidamente, sino que infundía en su antiguo esclavo un elevado concepto de la vida y un estímulo a la moralidad de conducta que de fijo había de alterar favorablemente el proceso de su futura evolución.

Tan verdad es que no hay obra buena sin recompensa en el karma, aunque pueda parecer tardía en su acción.

“Aunque los molinos de Dios se mueven lentamente; sin embargo, muelen demasiado pequeño; aunque con paciencia se queda esperando, con toda exactitud lo muele todo.” –

(Aforismos poéticos por Henry W. Longfellow.)

Historia de un Incendio

Otra labor realizada por el mismo niño Cirilo ofrece casi exacto parecido con el caso ya relatado en las primeras páginas de este libro.

Cirilo y su amigo mayor iban una noche en prosecución de su acostumbrada tarea, cuando vislumbraron la lívida claridad de un violento incendio y prontamente se interrogaron si podrían prestar algún auxilio.

Un gran hotel estaba ardiendo; una vasta construcción rectangular levantada a orillas de un extenso lago. Tenía el edificio muchos pisos y por tres lados de su fachada daba a un jardín, mientras que el cuarto lado estaba en dirección al lago. Las dos alas se extendían derechamente hacia éste, y la fila más alta de ventanas casi proyectaban sobre el agua, dejando sólo un estrecho alero bajo ellas a uno y otro lado.

El frente y las alas tenían escaleras interiores, con los correspondientes huecos para los ascensores, de modo que una vez declarado el incendio se extendió con increíble rapidez, y antes de que nuestros amigos lo percibieran desde el plano astral, ardían ya los pisos intermedios de los tres cuerpos del edificio. Afortunadamente todos los moradores, menos un niño de pocos años estaban en salvo, aunque algunos de ellos con muy graves quemaduras y contusiones.

El pobre niño quedó olvidado en una de las estancias superiores del ala izquierda, porque sus padres se habían ido al baile y, naturalmente, nadie se acordó de él hasta última hora. El fuego era tan terrible en el piso medianero de aquella ala, que nada podía hacerse, aunque alguien se hubiese acordado del niño, cuyo dormitorio daba al jardín y estaba ya aislado por el fuego. Además, el niño no se dio cuenta del peligro, a causa de que el denso y sofocante humo que gradualmente invadía la alcoba, fue sumiéndole en sueño más y más profundo, hasta que al fin quedó aletargado.

En esta crítica situación lo descubrió Cirilo, quien parecía sentir especial predilección por la infancia en necesidad o en peligro.

Primeramente, trató de que la gente se acordase del niño, pero en vano; y como por otra parte hubiera sido muy difícil que ni aun acordándose de él pudieran socorrerle, comprendió muy luego Cirilo que aquello era desperdiciar el tiempo. El compañero mayor materializó entonces a Cirilo en la estancia, estimulándole a que tratara de despertar al casi aletargado niño. Con mucha dificultad lo consiguió al fin en algún modo; pero el niño continuaba medio atontado, sin darse cuenta de lo que le sucedía, de suerte que fue necesario empujarle hacia fuera y sostenerle a cada paso.

Los dos niños salieron de la alcoba al pasillo central que bordeaba el ala; pero como notasen que el humo y las llamas avanzaban por el piso impidiendo el paso de un cuerpo físico, volvió Cirilo a entrar con el niño en la estancia, saltando por la ventana al alero de piedra como de treinta centímetros de ancho que se extendía derechamente a lo largo de la pared casi al mismo nivel de la línea de ventanas. El guía condujo al niño por este alero, balanceándose en el borde exterior y casi flotando en el aire, pero constantemente al lado del niño, para evitarle mareos y evitar que sienta miedo de una caída.

Hacia el extremo del edificio más próximo al lago, en donde el incendio no era tan violento, zaquearon una ventana volviendo otra vez al corredor central con esperanza de hallar expedita la escalera del hotel en aquel tramo; pero desgraciadamente estaba invadida también por las llamas y el humo, viéndose precisados a deslizarse a lo largo del corredor, previniendo Cirilo a su compañero que se arrastrase boca contra el suelo hasta que llegaron a la jaula de rejas del ascensor que bajaba por el largo pozo en el centro del bloque.

El ascensor estaba caído, como es de suponer; pero ellos lograron descender apoyándose en el enrejado interior de la caja hasta llegar a la techumbre del ascensor. Allí se encontraron como presos; pero afortunadamente Cirilo vio abierta una puerta de acceso que daba a una especie de entresuelo inmediatamente encima del piso bajo. Por aquella puerta salieron a un corredor que atravesaron felizmente, aunque el niño estaba medio asfixiado por el humo. De allí siguieron por uno de los salones opuestos, y finalmente, trepando por la ventana, se encontraron sobre la marquesina que se extendía a lo largo

de la fachada, a poca altura del piso llano.

Fácil les fue entonces deslizarse a lo largo de uno de los montantes de la marquesina hasta el jardín; pero aun allí era muy intenso el calor y corrían peligro de que se desplomasen las paredes. Así es que Cirilo trató de conducir al niño hasta el extremo de una de las alas y de allí al de la otra; pero en ambas partes el estrecho saledizo estaba obstruido por las llamas.

Por fin se refugiaron en una de las barquichuelas de recreo amarradas a los escalones que desde una especie de muelle en el lago conducían al pie del jardín, y desatándola se vieron bogando sobre las aguas.

Cirilo trató de remar hasta más allá del ala incendiada para desembarcar al niño ya en salvo; pero apenas habían adelantado poco trecho cuando un vaporcito que surcaba el lago, los vio merced al resplandor del incendio que iluminaba la escena como en claro día. El vapor llegó junto al bote para transbordar a los que suponía necesitados de auxilio; pero en vez de los dos muchachos que los tripulantes habían visto desde a bordo, sólo encontraron uno, porque Cirilo desapareció por voluntad de su compañero que disipó la densa materia en que lo había envuelto para darle transitoriamente un cuerpo material, y era, por lo tanto, invisible en aquel entonces.

Los que iban en el vaporcito inquirieron cuidadosamente por todas partes, sin hallar rastro del otro niño; de lo que infirieron que debía haberse caído al agua ahogándose en el mismo instante de acercarse el vapor al bote. El niño salvado cayó en síncope tan luego como se vio a bordo; así que no fue posible obtener de él, por de pronto, noticia alguna, y cuando volvió en sí no dijo más sino que había visto al otro niño en el momento de acercarse el vapor, pero que ya no recordaba nada más desde aquel punto. El vapor se dirigía por el lago a un lugar a unos dos días de distancia, y fue aproximadamente una semana antes de que el niño rescatado pudiera ser devuelto a sus padres, que por supuesto pensaban que había perecido en las llamas, pues aunque el compañero de Cirilo trató de sugerirles la idea de que el niño estaba a salvo, le fue imposible lograrlo, y así cabe imaginar la inmensa alegría que el reencuentro les produjo.

El niño vive todavía sano y dichoso sin cansarse nunca de relatar su maravillosa aventura.

Muchas veces ha mostrado pesadumbre de que su amable salvador hubiese perecido tan misteriosamente en el preciso momento de esquivar todo peligro. Sin embargo, de cuando en cuando le asalta la idea de que tal vez no murió en la coyuntura, sino que bien pudo ser algún hermoso duende; pero, naturalmente, esta idea sólo arranca una sonrisa de tolerante superioridad en sus padres.

El eslabón kármico entre el niño y su salvador no está aún descubierto; más sin duda debe de haber alguno.

Materialización y Repercusión

Ante un caso como el referido, preguntarán tal vez los estudiantes si el protector invisible permanece enteramente inmune entre tan violentos peligros; si, por ejemplo, el niño materializado con propósito de salvar de las llamas a otro, no se arriesgó también al daño; o si su cuerpo físico hubiera sufrido en algún modo por la repercusión en caso de que la forma materializada atravesara las llamas o cayera desde el alero por el cual andaban tan descuidadamente. En una palabra: sabiendo que en muchos casos el ligamen entre una forma materializada y su cuerpo físico es suficientemente fuerte para determinar repercusión, ¿no hubiera podido ocurrir en este caso?

Ahora bien: lo referente a la repercusión es tan sumamente difícil y abstruso, que no podemos explicar satisfactoriamente sus extraños fenómenos, porque para comprender perfectamente este asunto, fuera tal vez necesario conocer las leyes de vibración simpática en más de un plano. No obstante, conocemos por observación algunas de las condiciones en que se realiza y otras que absolutamente la impiden, creyendo por lo tanto no engañarme al asegurar que la repercusión fue rigurosamente imposible en el caso del incendio.

Para convencernos de ello recordemos que por lo menos hay tres variedades perfectamente distintas de materialización, según sabe quienquiera que tenga alguna práctica de espiritualismo.

No trato de entrar en este momento en explicaciones de cómo se producen respectivamente dichas variedades, pero haré constar simplemente su indudable existencia, conviene a saber:

1º La materialización tangible y no visible a los ojos físicos. A esta variedad corresponden las manos invisibles que tan a menudo asen por el brazo, acarician o abofetean a los concurrentes a las sesiones espiritistas, golpean las mesas y cambian los objetos de sitio, aunque estas dos últimas clases de fenómenos puedan tener fácil efecto sin necesidad de manos materializadas.

2º La materialización visible y no tangible; por ejemplo, las formas

espirituales o fantasmas a cuyo través pasa la mano de un hombre como a través del aire. En algunos casos esta variedad es evidentemente vaporosa e impalpable, pero en otros adquiere formas tan normales que no dudamos de su consistencia sólida hasta que tratamos de asirla.

3º La materialización perfecta, a la vez visible y tangible, que no sólo aparece con realidad corporal y fisionómica, sino que nos habla y estrecha la mano con la voz y la presión de nosotros conocida.

Ahora bien: si por una parte tenemos gran número de evidencias demostrativas de que la repercusión ocurre bajo determinadas circunstancias en los casos de la tercera variedad de materialización, no es menos cierto que también puede ocurrir en las dos primeras.

En el caso del niño protector es probable que la materialización no correspondiese a la tercera variedad, y de aquí el exquisito cuidado de no gastar más fuerza que la absolutamente precisa para obtener el resultado apetecido, pues evidente es que se necesitará menos energía en la producción de las formas parciales que hemos comprendido en las dos primeras variedades. Lo probable es que sólo fuese sensible al tacto el brazo con que el materializado niño sostenía a su pequeño compañero, y que el resto de su cuerpo, aunque perfectamente visible a los ojos físicos, hubiera sido mucho menos palpable si alguien lo tocara.

Pero además de esta probabilidad debemos considerar otro punto. Cuando ocurre la perfecta materialización, ya esté el materializado vivo o muerto, de uno u otro modo ha de condensarse la materia necesaria para ello. En una sesión espiritista se obtiene esta materia actuando sostenidamente sobre el doble etéreo del médium y aun algunas veces sobre su mismo cuerpo físico, y de aquí los casos en que el peso corporal menguó considerablemente mientras tenía efecto la manifestación medianímica.

Las entidades directoras de las sesiones emplean este método, sencillamente porque cuando algún buen médium se somete a su acción, es el más facilísimo modo de materialización, resultando en consecuencia que, por la estrecha relación así establecida entre el

médium y el cuerpo materializado, ocurren con toda claridad los fenómenos, muy imperfectamente conocidos todavía, que llamamos de repercusión.

Por ejemplo, si se embadurnan de greda las manos del cuerpo materializado, resultarán también embadurnadas las manos del médium, aunque éste haya estado durante toda la prueba cuidadosamente encerrado en un cuarto con toda clase de precauciones para impedir en absoluto cualquier superchería. Si el cuerpo materializado recibe un golpe o una herida, repercuten exactamente en la correspondiente parte del médium; y algunas veces, como sucedió en un caso de mi personal experiencia, si el cuerpo materializado participa de algún manjar, se encuentra éste después en las vías digestivas del médium. Sin embargo, el hecho ocurrió de muy distinta manera en el caso que anteriormente describimos. Cirilo estaba a miles de kilómetros de su dormido cuerpo físico, y por lo tanto, le hubiera sido imposible a su compañero mayor sustraerle materia etérica, aunque las reglas bajo que actúan todos los alumnos del gran Maestro de sabiduría, no prohibieran hacer tal en cualquier cuerpo que sea. Además, fuera completamente innecesario, porque los protectores, cuando les parece que con la materialización han de lograr su intento, emplean constantemente otro procedimiento muchísimo menos peligroso. Consiste en condensar el éter cercano o el mismo aire atmosférico que proporciona tanta cantidad de materia como el caso requiere. Este hecho escapa, sin duda al poder de las inconscientes entidades que se manifiestan en las sesiones espiritistas, pero ninguna dificultad ofrece a los estudiantes de química oculta.

La diferencia entre los resultados obtenidos es muy notable. En el caso del médium tenemos una forma materializada, en la más estrecha ligazón posible con el cuerpo físico, producida con materia de éste y susceptible, por lo tanto, de determinar todos los fenómenos de repercusión. En el caso del protector tenemos verdaderamente una reproducción exacta del cuerpo físico, pero formada, por un esfuerzo mental, de materia completamente extraña a aquel cuerpo, y por lo tanto, no más susceptible de obrar sobre él por repercusión que lo fuera una estatua de mármol de la misma persona.

Así es que al atravesar las llamas o caer desde la ventana, no se hubiera asustado ni dañado al niño protector, como según veremos más adelante tampoco se atemorizó en cierta ocasión otro miembro de la fraternidad de protectores, que aunque materializado, fue capaz de sumergirse bajo las aguas en un naufragio sin detrimento de su cuerpo físico.

En los dos casos de intervención que del niño Cirilo dejamos expuestos, hemos advertido que era incapaz de materializarse por sí mismo, teniendo que realizar este acto su compañero mayor. Ahora vamos a relatar otra de sus intervenciones, en la que veremos cómo por intensidad de compasión y fuerza de voluntad llegó a ser capaz de mostrarse por sí mismo. Se echará de ver alguna semejanza entre este caso y el ya referido de la madre cuyo amor la hizo capaz de manifestarse por sí misma para salvar la vida de sus hijos.

Por inexplicable que parezca, no cabe duda alguna de la existencia en la naturaleza de este estupendo poder de la voluntad sobre la materia de todos los planos, hasta el punto de que con tal de que ese poder sea suficientemente grande, producirá cualquier resultado apetecible por su directa acción sin conocimiento alguno ni aun siquiera idea, por parte de quien lo ejerza, de cómo realiza su obra.

Nosotros hemos tenido copiosas evidencias de que este poder se ejerce sin dificultad y se sostiene muy bien en caso de materialización, aunque ordinariamente es un arte que debe aprenderse como otro cualquiera. Seguramente que un hombre inconsciente en el plano astral no logrará jamás materializarse sin aprendizaje previo, como el hombre inconsciente en el plano físico no podrá tocar el violín sin aprender antes; pero hay excepciones como inferiremos del siguiente relato.

Los dos Hermanos

Esta historia ha sido contada por una pluma de capacidad dramática mucho mayor que la mía en la revista “La Revisión Teosófica” de Noviembre de 1897, pág. 229, con una riqueza de detalles que yo he de cercenar por falta de espacio. A ese relato quisiera remitir al lector, pues el mío sólo será un simple extracto tan conciso como lo permita la claridad. Los nombres de los personajes están cambiados; pero los incidentes conservan rigurosa exactitud.

Los actores son dos hermanos, hijos de un propietario rural: Lorenzo, de catorce años, y Gualterio, de once. Ambos de complexión sana y tipo varonil sin ninguna cualidad física extraordinaria, a no ser un buen caudal de sangre celta. Tal vez lo más saliente en ellos era la intensa ternura que mutuamente se profesaban, hasta el punto de no ir jamás uno sin otro, adorando el menor al mayor con toda la vehemencia de su temprana edad.

Un día aciago cayó Lorenzo del poni que montaba, muriendo en el acto, y a Gualterio le pareció desde entonces que el mundo había acabado para él, porque su hermano lo llenaba todo. Fue tan honda y terrible la pena del niño, que perdió apetito y sueño, no sabiendo ya su madre ni su enfermera que hacer para consolarlo, pues se mostraba sordo a toda persuasión y a toda reprimenda. Cuando le decían que la pena que sentía era insensata porque su hermano estaba en el cielo, él respondía sencillamente que no tenía la seguridad de que así fuese, y que aun siendo cierto estaba convencido de que Lorenzo no podía ser feliz en el cielo sin él, como él no podía serlo en la tierra sin Lorenzo.

Por increíble que parezca, el pobre niño se estaba muriendo de pena, y lo más patético era que, sin que él se diese cuenta de ello, su hermano estaba constantemente a su lado, con plena conciencia de la pena que le afligía, y casi desalentado por el fracaso de los repetidos intentos de tocarle o hablarle.

En esta deplorable situación estaban aún las cosas al tercer día de ocurrido el accidente, cuando, sin saber cómo, la atención de Cirilo fue

atraída hacia los dos hermanos.

“Precisamente acababa de pasar por allí”, -dijo después Cirilo. - Seguramente el Señor de Misericordia le condujo al lugar de la escena. El pobre Gualterio yacía insomne y desolado por el recuerdo de las veces que su pobre hermano estuvo junto a él. Lorenzo, libre de las ligaduras de la carne, pudo ver y oír a Cirilo tan expeditamente, que lo primero que hizo éste fue calmarle la pena con promesa de amistad y protección para ponerle en comunicación con su hermano.

Tan luego como la mente del niño muerto quedó así animada por la esperanza, Cirilo concentró su atención en el vivo, tratando con todas sus fuerzas de sugerirle la idea de que su hermano estaba junto a él, pero no muerto, sino vivo y amoroso como hasta poco antes. Sin embargo, fracasó Cirilo en los intentos, porque la pena ofuscaba tan apáticamente el ánimo del pobre Gualterio, que ninguna sugestión podía disiparla, y el protector conoció que no debía proseguir por aquel camino. Pero tan profundamente le conmovió aquel triste espectáculo, tan ardiente fue su simpatía y tan resuelta su determinación de protegerle de una u otra manera, por mucho que le costase, que sin saber cómo (y aun hoy mismo lo ignora) se vio capaz de tocar y hablar al descorazonado niño.

Sin responder a las preguntas de Gualterio sobre quién era y cómo había llegado hasta allí, abordó Cirilo derechamente la cuestión diciéndole que su hermano estaba junto a él tratando penosamente de hacerle oír sus repetidas revelaciones de que no había muerto para siempre, sino que estaba vivo y anheloso de ayudarlo y consolarlo. Gualterio se resistía a creer mostrándose refractario a la esperanza, pero vencidas al fin sus dudas por el insistente ahínco de Cirilo, exclamó: “¡Oh! Te creo porque eres bueno; pero si yo pudiera tan sólo ver a mi hermano, quedaría completamente convencido de lo que me dices; y si yo pudiese oír su voz, declarándome que es feliz, nada me importaría no volverle a ver. Aunque era novato en su labor, comprendió Cirilo que el deseo de Gualterio no era de los de fácil accesión, y así empezaba a manifestárselo con pesar, cuando sintió la presencia de un ser conocido de todos los protectores, quien sin hablar palabra le sugirió a Cirilo la idea de que en vez de lo que iba a decirle a

Gualterio, le prometiese el cumplimiento del bien anhelado por su corazón. “Espérate a que vuelva, - dijo Cirilo, y verás a tu hermano. Dicho esto, desapareció.

La presencia del Maestro había revelado a Cirilo qué hacer y cómo hacerlo. Se fue, por lo tanto, en busca del compañero mayor que tan a menudo le había auxiliado en otras ocasiones.

El compañero, atareado aún en su labor nocturna, al escuchar las apremiantes incitaciones de Cirilo no vaciló ni un momento en acompañarle, y en pocos minutos llegaron junto a Gualterio. El pobre niño empezaba a creer que todo había sido un dulce sueño, cuando reapareció Cirilo, cuya vista le infundió tan delicioso consuelo, que el contemplarlo ofrecía hermoso espectáculo. y todavía más hermosa fue la escena un momento después, cuando obediente a la voz del Maestro el compañero mayor

materializó al ansioso Lorenzo, y vivo y muerto se contemplaron otra vez frente a frente.

La tristeza de los dos hermanos se convirtió en inefable júbilo, declarándose mutuamente que ya no más podrían estar tristes, porque sabían que la muerte era impotente para separarlos.

Ni aun decreció su gozo cuando Cirilo les manifestó cariñosamente, por sugestión del compañero mayor, que aquella prodigiosa entrevista corporal no podría repetirse pero que diariamente, de sol a sol, Lorenzo estaría junto a Gualterio, aunque este no le viese, y que cada noche Gualterio podría dejar su cuerpo físico para permanecer conscientemente una vez más junto a su hermano.

Al oír esto, el pobre y fatigado Gualterio se sumió en sueño para experimentar al mismo tiempo la certeza de tan buena nueva, quedando pasmado de con qué hasta entonces desconocida rapidez podían volar juntos él y su hermano de uno a otro de sus acostumbrados lugares.

Cirilo, le previno solícitamente que con seguridad olvidaría la mayor parte de cuanto le aconteciese en su vida libre al despertar por las mañanas; pero por rara fortuna no olvidó Gualterio como a muchos de nosotros nos sucede. Tal vez la viva emoción de gozo actualizó las

latentes facultades psíquicas peculiares a la raza celta; pero sea como fuere, no olvidó ni el más mínimo detalle de lo que le había sucedido, ya la mañana siguiente irrumpió en la casa con tan maravilloso relato que parecía insania.

Sus padres creyeron que la pena había enloquecido al niño, y como por muerte de su hermano era el heredero, vigilaron prolongada y ansiosamente por si aparecían nuevos síntomas de locura que felizmente no se presentaron. Sin embargo, todavía lo diputan por monomaniaco en este punto, aunque creen firmemente que la desilusión le salvó la vida; pero su vieja nodriza que es católica, cree firmemente cuanto asegura el niño, atribuyéndolo a que Jesús, que también fue Niño, se compadeció del apenado

Gualterio y le envió un ángel para que le trajese a su hermano en prueba de que el amor es más poderoso que la muerte. ¡Cuán cierto es que algunas veces las supersticiones populares se acercan mucho más a la verdad de las cosas que el escepticismo de las gentes cultas!

No acaba aquí el relato, porque la buena obra comenzada aquella noche se mantiene en progreso y no cabe predecir las consecuencias del acto. La conciencia astral de Gualterio, una vez enteramente despierta, permanece en actividad; cada mañana recuerda su cerebro físico las nocturnas tareas con su hermano, y cada noche encuentran los dos a su querido amigo Cirilo, de quien han aprendido mucho de lo relativo al admirable mundo nuevo abierto ante ellos y de los otros mundos más excelsos todavía. También bajo la dirección de Cirilo, tanto el vivo como el muerto han llegado a ser laboriosos y diligentes miembros de la fraternidad de protectores, y probablemente lo serán durante los años que tarde en desintegrarse el vigoroso cuerpo astral de Lorenzo. Muchos niños infelices habrán de quedar agradecidos a los tres que tratan de comunicar a otros una parte del júbilo que ellos mismos recibieron.

Y no sólo el muerto allegó provecho de esta conversión, porque ambos buscaron y hallaron algunos otros niños vivientes que tenían conciencia en el plano astral durante el sueño; y por último, uno de aquellos a quienes ellos condujeron ante Cirilo, ha demostrado ya la valía de su afiliación al conjunto infantil, teniendo además en

Gualterio un cariñoso amigo en el plano físico.

Aquellos para quienes todas estas ideas son nuevas, hallarán algunas veces verdadera dificultad en comprender cómo es posible que los niños sirvan de algo en el plano astral. Al ver, dirían, que el cuerpo astral de un niño no está desarrollado, y que el ego está limitado por la infancia tanto en el plano astral como en el físico, ¿cómo puede ser útil ese ego ni capaz de impeler progresivamente la evolución espiritual, mental y moral de la humanidad que, según sabemos, es la prelativa tarea de los protectores?

Cuando por vez primera se suscitó esta pregunta, poco después de la publicación de uno de estos sucedidos en la Revista Teosófica, la transmití directamente a Cirilo por ver lo que le parecía, y su respuesta fue como sigue:

“Es mucha verdad, según dice el autor de la pregunta, que yo no soy más que un niño, que sé muy poco todavía y que sería mucho más útil si hubiese aprendido más. Pero aun así soy capaz de hacer algo, porque hay gran número de gentes que aún no han estudiado nada de Teosofía, aunque sepan mucho más que yo en cualquiera otra ciencia. Es de sentido común que cuando necesitamos ir a una parte, nos es de mayor utilidad un niño conocedor del camino que cien sabios ignorantes de él.”

A esto podemos añadir que cuando un niño despierta en el plano astral, se efectúa con tanta rapidez el crecimiento de su cuerpo correspondiente, que muy pronto alcanza un estado poco inferior al del adulto despierto, quedando mucho más adelantado por lo que concierne a su utilidad que el sabio todavía dormido. Pero a menos que el ego manifieste espontáneamente a través del cuerpo infantil la posesión de las precisas cualidades para determinar una disposición amorosa, claramente manifestada en vidas anteriores, ningún ocultista cargará con la grave responsabilidad de despertar a un niño en el plano astral. Sin embargo, cuando el Karma consiente la posibilidad de semejante despertar, los niños son a menudo los protectores más eficaces y se aplican a su tarea con admirable devoción. Así se cumple una vez más la vieja profecía: “Los conducirá un niño”.

Otra duda dimanante de la lectura de este caso, es que, si Cirilo fue en algún modo capaz de materializarse por su vehemente impulso de amor y compasión y por su fuerza de voluntad, ¿no es extraño que Lorenzo, con tan ardientes ansias de comunicación, no pudiese lograrlo?

La dificultad desaparece al considerar que la inhabilidad es la normal condición de toda obra, y por eso fue Lorenzo incapaz de comunicarse con su hermano. Lo sorprendente es que Cirilo fuese capaz de materializarse por sí mismo, no que Lorenzo no lo fuese.

Además, no sólo era más vigoroso el sentimiento de Cirilo, sino que sabía perfectamente lo que necesitaba hacer; sabía que la materialización era posible y tenía una idea general de cómo se realizaba, al paso que Lorenzo nada sabía entonces de todo esto, por más que ya lo sepa ahora.

Naufragios y Catástrofes

Algunas veces pueden los miembros de la fraternidad de protectores evitar inminentes y terribles catástrofes. En más de un caso, al hallarse el capitán de un buque fuera de rumbo, ya por alguna corriente desconocida, ya por equivocación de cálculo, y en consecuencia expuesto a graves peligros, ha sido posible prevenir el naufragio mediante reiteradas sugerencias de la idea de que algo andaba mal; y aunque generalmente este presentimiento nazca en el cerebro del capitán como una vaga intuición, si ésta persiste o renace pertinazmente, casi es seguro que no la desechará por vana y que tomará las precauciones pertinentes.

En un caso, por ejemplo, en que el capitán de una embarcación estaba mucho más cerca de tierra de lo que suponía, sintió varias veces una interna excitación a echar la sonda, y aunque resistió a la idea durante algún tiempo, considerándola innecesaria y absurda, por último, ordenó casi instintivamente que la echaran. El resultado le sorprendió en efecto; pues como al mismo tiempo pusiera el barco en aguante, manteniéndose cerca de la costa, vio a la mañana siguiente la inminencia en que había estado de un espantoso desastre.

Sin embargo, a menudo son las catástrofes de naturaleza kármica, y por lo tanto no es posible evitarlas, aunque tampoco debe suponerse que en semejantes casos huelgue todo auxilio. Puede suceder que la gente a quienes amenace estén destinadas a morir y no quepa el salvarlas de la muerte; pero en algunos casos puede también haber algún asidero preparado para ellos, cabiendo por lo tanto dispensarles protección después del trance. De todos modos, podemos establecer definitivamente que doquiera ocurra una gran catástrofe recibirán especial protección los damnificados.

Dos casos recientes en los que se brindó tal ayuda fueron el hundimiento del castillo Drummond que se perdió en Ushant.

WRECK OF THE "DRUMMOND CASTLE" OFF THE ISLAND OF USHANT.

THE DANGERS OF THE BRETON COAST.

The wreck of the *Drummond Castle*, with the loss of nearly 250 lives, which took place near Ushant, the westerly point of the French coast at the extremity of Brittany, where the ship, on her voyage homeward from Capetown, should have turned her course, after crossing the Bay of Biscay, to enter the British Channel, is one of the worst maritime disasters of late years. It is sufficiently narrated in the account given upon another page; but we must here describe the position of that dangerous group of rocky islets and submerged reefs, with strong and changeable tidal sea-currents running swiftly between them, amidst which the ill-fated vessel was caught and suddenly destroyed. Ushant itself is a small island, with a powerful lighthouse for the guidance of navigators, who are accustomed to pass this light on their starboard side before they steer westward into the Channel; but several other little islands lie quite near it, one being Molène, to the south-east of



PUTTING ON THE LIFE-BELT BEFORE STARTING FOR THE AR-MEN LIGHTHOUSE.

Ushant, with granite rocks between them not visible at high water, scattered over a space of several leagues. What makes the labyrinth of channels, winding through these masses of granite, still more perilous, is the daily occurrence, at every rising tide, of a huge Atlantic Ocean wave, which forms a current moving with a velocity of five or six knots an hour in the Strait of the Fromveur, between Ushant and Molène, and beating violently upon the rocks of Trient, Benignet, and others, which to the south of Molène, at a distance of from ten to twenty miles, stand opposite the mainland, outside the Channel du Four and the ap-

proach to the harbour of Brest. The arrival of this tidal wave at Ushant is usually almost simultaneous with low tide at Brest, and its water then speedily fills the wide sea-basin called the *iroise*, to which the bay of Douarnenez and the inlet of Brest harbour belong, so as to make very rough water if there chance to be a contrary wind. The *iroise* and its inner bay are, to the south, partly enclosed by another promontory, extending nearly as far westward as that opposite shore, northward, on which *Le Conquet* is situated and outside of which lie the Ushant group of islands. The *Pointe du Raz*, which is here the most westerly extremity, has lying beyond it, seaward, nearly opposite to Ushant, a similarly appended islet called *Sein*, with a channel which the engineering plans and labours of the French Government have endeavoured to render safe, as well as the channel of *Le Four*, with a view to enable shipping to avoid the outer course round Ushant, and to pass quite inside of all the rocks and islands, steering due north from the *Pointe du Raz*, across the *iroise*, to the mainland *Pointe de St. Mathieu*, and thence by the channel of *Le Four* to the British Channel. Along this inner route, by the care of the Ministerial Department of *Ponts et Chaussées*, forty-eight lighthouses have been erected; and that one which was completed in 1892, after thirty-two years' labours, upon the *Ar-men rock*, in the channel of *Sein*, is a work so grand and so useful that it well deserves to be represented in our illustrations. The *Ar-men rock*, which presents a face quite perpendicular on the side towards the *Isle of Sein*, was very difficult to approach, from the violence of the currents by which it is surrounded, and there were but few days when the labourers and workmen could do anything there, even at the most favourable times of the year. When they began, in 1867, it was necessary for the men to lie upon narrow shelves put up against the face of the cliff, and to cut at the



LANDING AT THE AR-MEN LIGHTHOUSE.

Nafragio del “Castillo Drummond” frente a la isla de Ushant, Junio 1896.

Y el terrible ciclón que devastó la ciudad de St. Louis en América.



Daño del tornado, Union Depot, Jefferson y Avenida Allen, Tornado St. Louis, Mayo 1896.

Ambas catástrofes fueron predichas pocos minutos antes de ocurrir, y los protectores hicieron cuanto les fue posible para serenar los ánimos de los hombres, a fin de que, llegado el momento, no se alocasen como de otra suerte les hubiera sucedido.

Naturalmente, la mayor parte de la tarea a favor de las víctimas de ambas catástrofes, fue realizada en el plano astral, luego de ocurrida la muerte física; pero de esto hablaremos más tarde.

Triste es confesar que cuando amenaza alguna catástrofe, los protectores quedan a menudo perturbados en su benéfica tarea por el terrible pánico de la gente, o, lo que es todavía peor, por la loca embriaguez de aquellos a quienes tratan de auxiliar. Algún buque naufragó estando toda la tripulación ebria y, por consiguiente, incapaz

de aprovechar auxilio alguno ni antes ni hasta mucho tiempo después de la muerte.

Si alguna vez nos halláramos en peligro inminente y a nuestro parecer inevitable, acordémonos de que el auxilio está cerca y que de nosotros mismos depende el facilitar o dificultar la tarea del protector invisible. Si arrostramos con sereno valor el peligro, convencidos de que no puede afectar a nuestro verdadero yo, abriremos nuestra mente a la inspiración que los protectores tratan de infundirnos. Esto es lo mejor para nosotros, ya cuando intentan salvarnos de la muerte, ya cuando, no siendo ello posible, pueden conducirnos seguramente a través del dintel.

La protección de esta última especie es tan frecuente en casos de accidentes individuales como en el de catástrofes colectivas. Para demostrarlo bastará un ejemplo. Durante una de las grandes tormentas que hace pocos años devastaron las costas británicas, fue sorprendida por el temporal una barca pescadora en alta mar. Sólo iban a bordo un viejo pescador y un muchacho, logrando el primero con sus maniobras evitar durante algunos minutos el vuelque de la barca. No vislumbraba socorro humano, y aun de haberlo no fuera posible que nadie lo prestase en tan horrorosa tormenta. El pescador comprendió que no había salvación posible y que la muerte era cosa de pocos momentos.

Esta idea puso mayor espanto en su corazón, ya desfallecido por el medroso espectáculo de la soledad oceánica y por el recuerdo de su mujer y de sus hijos que, muerto él, quedarían en la miseria.

Un protector que por allí pasaba, al ver tal escena trató de consolarle; pero como la mente del viejo estaba perturbada por el terror, no pudo lograrlo, y así pensó aparecérselo con objeto de mejor auxiliarle. Al relatar después el caso, dijo el protector que fue cosa admirable y sorprendente la mudanza operada en el semblante del pescador al contemplar la fulgurante aparición que cobijaba la barca. Creyó que un ángel llegaba a consolarle en el supremo trance, y por ello tuvo la convicción de que no sólo le conduciría seguramente a través de las puertas de la muerte, sino que su familia no quedaría sin amparo. Cuando pocos momentos después sobrevino la muerte, ya no

denotaba su rostro el terror y la ansiedad que previamente experimentara, y al recobrar la conciencia en el plano astral y ver al ángel todavía junto a sí, se sintió en comunidad con él y se dispuso a recibir las advertencias concernientes a la nueva vida en que había entrado.

Algún tiempo más tarde el mismo protector se ocupó en una tarea de carácter análogo, cuya relación dio como sigue:

Recordaréis aquel vapor que naufragó a causa de un ciclón a fines de Noviembre. Pues bien: acudí al camarote en donde estaban encerradas cerca de doce mujeres, hallándolas en la más deplorable situación entre gemidos y lamentos arrancados por el terror.

El buque hacía agua, siendo el naufragio inevitable, y el estado de loco terror de aquellas mujeres era pésima condición para el tránsito de una a otra vida.

A fin de sosegarlas me materialicé, y como es natural, creyendo que era un ángel, se prosternaron ante mí rogándome que las salvara.

Una de ellas puso a su pequeñuelo en mis brazos con fervorosa súplica de que al menos salvase la vida de aquel inocente. Al oírme se sosegaron poco a poco, se quedó el niño sonrientemente dormido, y sugiriéndoles la idea del cielo, fueron cayendo en pacífico sueño de tal modo, que no despertaron al hundirse el buque.

Yo me sumergí con ellas para mantenerlas dormidas hasta el último momento y que no se percataran del cambio de sueño a muerte.

Evidentemente, los que tal auxilio recibieron en este caso, no sólo tuvieron la enorme ventaja de hallar tranquila y llevadera muerte, pero también la mayor ventaja de ser recibidos en el más allá por quien ya estaba dispuesto al amor y a la esperanza; por quien conoce perfectamente el nuevo mundo en que se hallan, y no sólo puede darles la seguridad de su salvación, sino advertirles de cómo han de ordenar su vida en aquellas tan muy diversas circunstancias.

Esto nos lleva a considerar uno de los más amplios e importantes aspectos de la tarea de los protectores invisibles: la guía y auxilio que son capaces de dar a los muertos.

La Tarea entre los Muertos

Uno de los varios males procedentes de las absurdas doctrinas que sobre las condiciones posteriores a la muerte predominan, por desgracia, en nuestro mundo occidental, es que al dejar su envoltura física quedan los muertos confusos y a menudo muy hondamente aterrizados, al verse en estado tan distinto del que por sus creencias religiosas esperaban.

La situación mental de gran número de individuos fue explícitamente evidenciada hace poco por un general inglés que, tres días después de su muerte, encontró a uno de la fraternidad de protectores a quien había conocido en el mundo físico. Después de expresar su satisfacción por haber hallado al fin con quién comunicarse, su primer comentario fue:

“Pero si estoy muerto ¿dónde estoy? Porque si esto es el cielo no opino gran cosa de ello; y si el infierno, es mucho mejor de lo que esperaba.”

Desgraciadamente, la mayoría tiene ideas menos filosóficas. Se les ha enseñado que todos los hombres, menos los pocos que son sobrehumanamente buenos, están destinados al fuego eterno; y como un ligero examen de conciencia les convence de que no pertenecen a esta última categoría, quedan casi siempre presa de terror pánico, temiendo a cada momento que el nuevo mundo en que se hallan los arroje en las garras del demonio, en cuya existencia tan persistentemente se les enseñó a creer. En muchos casos transcurren largos períodos de torturas mentales antes de verse libres de la fatal influencia de la blasfema doctrina de las penas eternas; antes de que puedan convencerse de que el mundo no está sujeto al capricho de un horrible demonio que se ufana en las humanas angustias, sino regido por la benévola y maravillosamente paciente ley de evolución, que si bien absolutamente justa ofrece de cuando en cuando a los hombres coyunturas de progreso con tal que sepan aprovecharlas en cualquier etapa de su carrera.

Debemos decir en justicia que la idea del demonio solo tiene esta horrible forma en las comuniones protestantes; la gran iglesia católica romana, con su doctrina del purgatorio, se aproxima mucho a la concepción del plano astral, y sus fieles devotos creen, de todos modos, que el estado en que se ven luego después de la muerte es únicamente temporal, y que tienen el deber de salir de él, tan pronto como sea posible, por la intensa aspiración espiritual, aceptando entre tanto cualquier sufrimiento que les sobrevenga, como necesario para purificarse de las imperfecciones de su carácter antes de entrar en las excelsas y lucientes regiones del empíreo.

Así vemos que entre los recién fallecidos hay abundantísima tarea para los protectores, porque en la inmensa mayoría de los casos están necesitados de sosiego, seguridad, fortaleza y enseñanza. Tanto en el mundo astral como en el físico hay muchos que no están muy bien dispuestos a recibir consejos de quienes saben más que ellos; pero la novedad de las circunstancias que les rodean, vence la voluntad de muchos muertos para aceptar la guía de quienes están familiarizados con tales circunstancias, habiendo quedado así considerablemente acortada la estancia de muchos hombres en el plano astral, gracias a los ardientes esfuerzos de la fraternidad de infatigables operarios.

Por otra parte, hemos de tener en cuenta que los protectores no pueden, en modo alguno, estorbar el karma de un muerto, porque éste se ha ido formando en vida un cuerpo astral de cierto grado de densidad, y hasta que este cuerpo no se desintegre le será imposible pasar al mundo celeste; pero es preciso que no prolongue con su inconveniente actitud la duración del período necesario para este proceso.

Todos los estudiantes de ocultismo comprenderán la verdad de que la vida astral de un hombre, después de abandonar el cuerpo físico, depende principalmente de dos condiciones: la naturaleza de su pasada vida terrena y la disposición de su ánimo después de lo que llamamos muerte.

Durante su vida física está allegando constantemente materia a su cuerpo astral, pues lo afecta, directamente con las pasiones, emociones y deseos cuya tiranía consiente; lo afecta indirecta y elevadamente por

la acción de sus pensamientos; y también indirecta, aunque inferiormente, por los detalles de su vida física, por su continencia o intemperancia, su pulcritud o suciedad, por sus alimentos y bebidas.

Si por persistencia en la perversidad a lo largo de cualquiera de estas líneas, es tan estúpido como para construir para sí mismo un vehículo astral grueso y burdo, acostumbrado a responder solo a las vibraciones más bajas de este plano, se hallará después de la muerte sujeto a este plano durante el largo y lento proceso de la desintegración de su cuerpo. Pero si con honesta y cuidadosa vida forma un vehículo compuesto principalmente de materia delicada, hallará después de la muerte mucha menos tentación y desconsuelo, siendo su evolución muchísimo más fácil y rápida.

Esta primera condición relativa al cuerpo astral se tiene generalmente en cuenta, pero a menudo se pone en olvido la segunda, esto es: la actitud mental después de la muerte. Lo importante para el hombre es comprender cómo está situado en este mínimo arco de su evolución; saber que propende interiormente hacia el plano de su verdadero yo y que en consecuencia debe divertir su pensamiento de las cosas terrenales y convertirlo cada vez con mayor ahínco a las espirituales contemplaciones que han de ocupar su vida en el mundo celeste. Así facilitará en gran manera la natural desintegración de su cuerpo astral, esquivando el triste y frecuente error de mantenerse inútilmente en los inferiores niveles que fueron su transitoria residencia.

Muchos muertos retardan considerablemente el proceso de desintegración por apasionada añoranza de la tierra que dejaron. No elevan su pensamiento a lo alto, sino que se esfuerzan en mantenerse en contacto con el plano físico, perturbando así grandemente a quien trata de auxiliarlos. Siempre tuvieron para ellos exclusivo interés los bienes terrenales, y así, aun después de la muerte, se aferran con desesperada tenacidad a ellos. Según pasa el tiempo hallan crecientes dificultades en mantener el deseo en las cosas de aquí abajo; pero en vez de acoger y fomentar este principio de gradual refinamiento y espiritualización, lo resisten vigorosamente por todos los medios a su alcance.

Sin embargo, la potísima fuerza de evolución es eventualmente demasiado fuerte para ellos, y cuando se ven arrastrados por su benéfica corriente, aún luchan en cada etapa del camino, ocasionándose con ello no sólo multitud de inútiles penas y tristezas, sino también deplorable retraso en la senda de su perfeccionamiento, prolongando casi indefinidamente su estancia en el plano astral. Los protectores emplean gran parte de su labor a convencerlos de que esta necia y nociva oposición a la voluntad cósmica es contrariamente opuesta a las leyes de la naturaleza; en persuadirlos a tomar una actitud mental diametralmente inversa a la en que tan engañosamente se mantienen.

Sucede en ocasiones que la voluntad de los muertos queda ligada a la tierra por la ansiedad que les ocasionan los deberes incumplidos o las deudas no satisfechas; pero más a menudo por el desamparo de la mujer y de los hijos. En tales casos, ha sido necesario más de una vez que antes de proseguir el muerto su camino en paz, proveyese el protector en representación suya a las necesidades del plano físico cuya satisfacción le conturbaba. Un ejemplo tomado de nuestras recientes experiencias dará mejor explicación de esto.

Un miembro de la fraternidad de protectores trataba de auxiliar a un pobre hombre que había muerto en una ciudad de occidente; pero le era imposible sustraerle al pensamiento de las cosas de la tierra, por la ansiedad que sentía respecto de dos hijos de corta edad a quienes dejara sin valimiento. Como modesto labrador que había sido, no pudo legarles ahorros; su mujer había muerto dos años antes, y la propietaria de las tierras, aunque en extremo compasiva y con voluntad para hacer algo en favor de los niños, no era lo suficientemente rica para adoptarlos, y muy a su pesar se veía obligada a ponerlos en algún asilo. Esta era la intensa pena del padre muerto, pues él no podía vituperar el proceder de la propietaria y era al mismo tiempo incapaz de sugerir otro medio de amparo.

Le preguntó el protector si no tenía algún pariente a quien confiar sus hijos, y el padre respondió que no conocía a ninguno, pues aunque tenía un hermano menor que en tal extremo hubiera hecho ciertamente algo por ellos, hacía quince años que nada sabía de él, ni

siquiera si estaba vivo o muerto. La última vez que tuvo noticias, se enteró de que trabajaba de aprendiz con un carpintero del norte y era un hombre honrado que de vivir acudiría al remedio de sus sobrinos.

El asunto era, en verdad, muy leve; pero como desde allí parecía no haber otro recurso de protección para los niños, el protector creyó lo más expedito hacer entretanto un esfuerzo especial para conseguirlo. Tomando consigo al padre, comenzaron a indagar pacientemente el paradero del hermano en la ciudad indicada, y después de mucho trabajo consiguieron encontrarle. Era ya maestro carpintero, con muy floreciente negocio, casado sin hijos, pero con ardiente deseo de tenerlos y, por lo tanto, muy a propósito para aquella eventualidad.

Era cuestión de cómo podría sugerírsele al hermano la idea de lo sucedido. Afortunadamente vieron que era de temperamento tan impresionable que con facilidad se le podrían representar vivamente en sueños las circunstancias de la muerte de su hermano y el desamparo de sus sobrinos. Por tres veces se le repitió la sugestión, indicándole con toda claridad el lugar del fallecimiento y aun el nombre de la propietaria de las tierras. El carpintero quedó hondamente impresionado por aquella representativa visión y la discutió ardientemente con su mujer, quien le aconsejó que escribiese al lugar indicado. No hizo tal, sino que se sintió poderosamente inclinado a ir al lugar, para cerciorarse por sí mismo de si efectivamente había una casa como la vista en sueños, y en caso afirmativo llamar a ella con cualquier excusa. Pero como era muy laborioso, convino finalmente en que no debía perder un día de trabajo por lo que en último extremo tal vez no fuera nada más que la estructura sin fundamento de un sueño.

Malograda la esperanza puesta en el envío de la carta, recurrieron los protectores al medio de que uno de ellos escribiese al carpintero detallándole las circunstancias de la muerte de su hermano y la orfandad de los niños, exactamente tales como las viera en sueños. Al recibir esta corroboración, no vaciló un punto el carpintero, encaminándose al día siguiente al lugar indicado, donde fue recibido con los brazos abiertos por la compasiva propietaria. Fácil les había sido a los protectores conseguir que, dado el buen corazón de esta

mujer, mantuviese con ella durante algunos días a los niños, en espera de uno u otro remedio. Y ella se congratulaba de haberlo hecho así. El carpintero adoptó a los niños, se los llevó consigo a su feliz hogar, y el padre muerto pudo, desvanecida su ansiedad, continuar tranquilamente su camino.

Desde que los autores teósofos consideraron como un deber el representar enérgicamente los males acarreados por la influencia de las sesiones espiritistas, solo puede admitirse de buena fe que, en varias ocasiones, por la acción de un médium o de alguno de los circunstantes, se realizaran obras de protección parecidas a la que acabamos de relatar. Así, aunque el espiritismo haya rezagado muy a menudo almas que sin semejante traba hubieran conseguido más rápida liberación, debe abonársele el que haya proporcionado a otros medios de salida abriéndoles la senda del perfeccionamiento.

Ejemplos hay en que el difunto fue capaz de aparecerse por sí mismo a sus parientes o amigos y manifestarles sus deseos; pero estos casos son muy raros, y la mayor parte de las almas que están ligadas a la tierra por ansias de la especie descrita, sólo pueden valerse de los servicios de un médium o del protector consciente.

Otro caso muy frecuente en el plano astral es el de quienes no creen que han muerto. La mayor parte consideran el hecho de ser todavía conscientes como una prueba irrefragable de que no han traspuesto los umbrales de la muerte. ¡Algo de sarcástico hay en esto, si uno lo medita, respecto de las tan encaramadas creencias en la inmortalidad del alma! Por mucho que hayan aparentado esta creencia durante su vida, la gran mayoría de los hombres al morir demuestran con semejante actitud que eran en todo intento y propósito materialistas de corazón; y quienes así se llamaron lealmente en vida, no muestran tanta perplejidad en su actitud como otros que hubieran rechazado tal calificativo.

Ejemplo reciente es el de un intelectual que hallándose plenamente consciente y, no obstante, bajo condiciones radicalmente distintas de las que hasta entonces había experimentado, se creía aún viviente, aunque víctima de prolongado y desagradable sueño. Por fortuna para él, entre los capaces de actuar en el plano astral estaba el hijo de un

antiguo amigo suyo, un joven cuyo padre le había mandado ir en busca del hombre de ciencia y procurarle algún auxilio. Al hallarle y acercársele el joven, después de bastante trabajo, confesó el intelectual que efectivamente estaba en gran desconsuelo y embarazo, pero aferrado a la suposición del sueño que daba por explicación de cuanto veía y sucedía, hasta el punto de creer que su visitante no era sino una visión. Por último, sin embargo, hasta el momento dio paso a proponer una especie de prueba, y le dijo al joven: “Si como aseguras eres persona viva y el hijo de mi antiguo amigo, tráeme de él algún mensaje que me pruebe tu objetiva realidad.” Aunque bajo las ordinarias condiciones del plano físico esté ello rigurosamente prohibido a los discípulos del Maestro, parece que un caso de esta especie no ha de entrar en la regla; y por lo tanto, una vez seguros de que no había objeción alguna por parte de las altas autoridades, fue excitado el padre a enviar un mensaje relatando varios sucesos ocurridos antes del nacimiento del hijo.

Esto convenció al muerto de la existencia real de su joven amigo, y por lo tanto de la realidad del plano en que ambos actuaban, y en el convencimiento le confirmó su cultura científica, despertándole ardientes deseos de adquirir todas las noticias posibles de aquel nuevo mundo.

Sin embargo, el mensaje que tan fácilmente había aceptado como evidencia, no era en realidad una prueba plena, porque los hechos allí referidos podían haber sido conocidos o leídos en el plano akásico por algún ser que poseyese la visión astral, pero su ignorancia de esta posibilidad determinó en él la convicción definitiva, y las enseñanzas teosóficas que su joven amigo le está dando ahora cada noche, producirán, indudablemente, maravilloso efecto sobre su porvenir, porque no sólo modificarán hondamente el estado celeste que ha de abrirse inmediatamente ante él, sino también su próxima encarnación en la tierra.

Así pues, la principal tarea que respecto de los recién fallecidos cumplen nuestros protectores, es la de calmarlos, consolarlos y librarles, cuando es posible, del terrible aunque vano temor que demasiado a menudo les sobrecoge y no sólo les causa inútiles

sufrimientos, sino que retarda su progreso a más elevadas esferas; y por último, la de hacerlos capaces de comprender, en cuanto sea posible, el porvenir que les aguarda.

Otros que suspiran en el plano astral pueden también recibir mucha ayuda, si ellos la aceptan, de explicaciones y avisos referentes a su camino a través de las distintas etapas. Pueden, por ejemplo, ser prevenidos del peligro y retraso causado de esperar comunicación con los vivos por la acción de un médium; y algunas veces, aunque raras, una entidad ya introducida en un centro espiritista puede ser guiada a más alta y mejor vida.

Las enseñanzas así dadas a personas en este plano, no son en modo alguno inútiles, porque si bien la memoria de ellas no se conserva directamente en la próxima encarnación, siempre perdura como conocimiento íntimo y, por lo tanto, como enérgica predisposición a aceptarlas inmediatamente al oírlas otra vez en la nueva vida.

Otros Aspectos de la Tarea

Pero volviendo de nuevo ahora, al trabajo tan importante entre los muertos a la consideración del trabajo entre los vivos, indicaremos sucintamente algunos de sus aspectos, sin cuyo conocimiento quedaría incompleto el estudio de las tareas de nuestros invisibles protectores; tareas que por la mayor parte son sugerencias de buenos pensamientos en las mentes de quienes están predispuestos a recibirlos. Pero expliquemos lo que esto significa para no dar motivo a error.

Le fuera perfectamente fácil (hasta un grado del todo increíble para quienes no comprenden el asunto prácticamente) a un protector dominar el intelecto de cualquier hombre vulgar y hacerle pensar lo que quisiera sin infundir la más leve sospecha de influencia extraña. Pero por admirable que fuese el resultado, es inadmisiblemente semejante procedimiento, y todo lo más que en este punto se hace es infundir el buen pensamiento en la mente del sujeto como uno entre los muchos que constantemente andan en su cerebro. Del hombre depende exclusivamente acoger el pensamiento, apropiárselo y obrar de conformidad con él. Si ocurriese de otro modo, es evidente que toda la bondad kármica de la acción correspondería únicamente al protector, pues el sujeto hubiera sido sencillamente un instrumento y no un agente, lo cual no es lo que se desea.

La protección dispensada de este modo tiene variadísimos caracteres. El consuelo de los afligidos y penantes entraña el esfuerzo de conducir hacia la verdad a quienes ardientemente la buscan. Cuando un hombre medita ansiosamente sobre un problema espiritual o metafísico, es posible inspirarle la solución sin que se dé cuenta de que llega de agentes exteriores.

Un discípulo puede a menudo ser empleado como agente de lo que con dificultad recibiría otro nombre que el de respuesta a una plegaria; porque si bien cualquier ardiente deseo espiritual que podamos suponer que halle su expresión en la súplica, es por sí mismo una fuerza que automáticamente produce ciertos resultados, también es verdad que semejante esfuerzo espiritual ofrece coyuntura a la

influencia del Poder de Dios, de la cual no tarda en tomar ventajas. Y algunas veces la voluntad de un protector abre el canal por donde su energía se derrame. Lo que decimos de la súplica puede aplicarse también a las prolongadas meditaciones de quienes son capaces de sostenerlas. Además de este general procedimiento de protección, hay otros especiales que pocos reciben. Una y otra vez, los alumnos que están preparados para el trabajo han sido empleados para sugerir pensamientos verdaderos y hermosas ideas a los escritores, poetas, artistas y músicos; pero como fácilmente se comprende no todos los protectores sirven para este especial objeto. Algunas veces, aunque muy raramente, es posible advertir a un hombre del peligro que para su progreso moral entraña el camino que sigue; o bien apartarle de las maléficas influencias de tal lugar o persona; o también conjurar las maquinaciones de la magia negra.

No es frecuente que las gentes extrañas al círculo de los estudiantes de ocultismo reciban instrucciones directas acerca de las grandes verdades de la naturaleza; pero en ocasiones puede hacerse algo en este punto representando ante la mente de los oradores y maestros un más amplio caudal de ideas o un más abierto punto de vista sobre alguna cuestión que hubieran tratado de distinta manera.

Naturalmente, según adelanta en el sendero un estudiante de ocultismo, alcanza más amplia esfera de utilidad. En vez de proteger únicamente a individuos, aprende cómo puede auxiliar a clases, naciones y razas enteras, y se ve estimulado por una gradualmente creciente participación en las elevadas y más importantes tareas de los Adeptos. Según adquiere la necesaria fuerza y los exigidos conocimientos, comienza a manejar las potentes fuerzas del akasa y de la luz astral, y se le enseña a hacer el mejor uso posible de cada favorable influencia cíclica.

Se le pone en relación con aquellos grandes Nirmanakayas simbolizados algunas veces como Piedras del Muro Protector y llega a ser (muy modestamente al principio) parte del conjunto de sus asistente y aprende cómo están dispersas aquellas fuerzas que son el fruto de su sacrificio sublime. Así se eleva gradualmente a más y más excelsas alturas, hasta que floreciendo por fin en el Adeptado, es capaz

de asumir toda su parte en la responsabilidad que incumbe a los Maestros de Sabiduría y auxiliar a otros en el camino que él recorriera.

En el plano devakánico (mental) la tarea es algo distinta, puesto que las enseñanzas pueden darse y recibirse de mucho más rápido, directo y completo modo, a causa de que las influencias puestas en movimiento son infinitamente más poderosas por actuar en nivel mucho más elevado. Pero también allí (aunque sea inútil entrar ahora en detalles sobre ello, por ser tan pocos entre nosotros los capaces de actuar conscientemente en ese plano durante la vida) y aún más arriba todavía, hay siempre abundancia de labor realizable tan pronto como seamos capaces de realizarla; y no hay ciertamente temor alguno de que por innumerables dones nos hallemos sin un camino de abnegada utilidad abierto ante nosotros.

Cualidades Necesarias

¿De qué modo -preguntará alguien- podemos hacernos capaces de participar en esta gran obra? No hay ningún misterio respecto de las cualidades que ha de reunir quien aspire a contarse en el número de los protectores; pero la dificultad no está en saber cuáles sean, sino en desarrollarlas en sí mismo. Ya las hemos descrito incidentalmente con alguna extensión; más conviene, no obstante, establecerlas categóricamente, a saber:

1º Docilidad de la Mente

El primer requisito es el de reconocer cuán grande es la tarea que los Maestros han de encargarnos, y que ha de ser para nosotros la preferente ocupación de nuestras vidas. Debemos aprender a distinguir no sólo entre las tareas útiles y ociosas, sino entre los diferentes órdenes de tareas provechosas, a fin de que cada cual se dedique a la más elevada de que sea capaz, sin perder el tiempo en lo que, a pesar de ser bueno para quien no sabe hacer nada mejor, es indigno del conocimiento y de la capacidad que hemos de tener como teósofos. El hombre que aspire a la consideración de elegible para empleos en más altos planos ha de principiar por hacer cuanto pueda en lo concerniente a labor definida aquí abajo por la Teosofía.

Claro es que esto no significa en modo alguno que hayamos de descuidar los ordinarios deberes de la vida. Haremos seguramente muy bien en no contraer nuevos deberes mundanos de ninguna clase; pero no tenemos derecho a desatender aquellos a que ya estamos sujetos en obligación kármica. A menos que no hayamos cumplido plenamente todos los deberes que el karma ha puesto sobre nosotros, no quedamos libres para emprender la elevada tarea que, sin embargo, debe ser para nosotros el único objeto realmente digno de la vida, el constante reclinatorio de una existencia consagrada al servicio de los Maestros de Compasión.

2º Perfecto Dominio de sí Mismo

Antes de que se nos puedan confiar seguramente los amplios poderes de la vida astral, debemos dominarnos perfectamente a nosotros mismos.

Hemos de yugar completamente nuestro temperamento, de modo que nada de lo que veamos u oigamos pueda encolerizarnos, porque las consecuencias de semejante cólera serían mucho más graves en aquel plano que en el físico.

La fuerza del pensamiento es siempre enorme; pero aquí abajo queda reducida y amortiguada por las pesadas partículas cerebrales que pone en movimiento. En el mundo astral es dicha fuerza más libre y poderosa, y si allí un hombre tuviese plena facultad de sentir cólera contra otro, fuera para él grave y fatal daño.

No solo necesitamos un control de temperamento, sino también los nervios, a fin de que ninguna de las fantásticas o terribles visiones con que nos encontremos sea capaz de quebrantar nuestro intrépido valor. Debemos recordar que el discípulo que despierta a un hombre en el plano astral asume, por lo mismo, cierta cantidad de responsabilidad por sus acciones y por su seguridad, de modo que a no ser que su neófito tenga el valor de estar sólo, habrá de emplear al discípulo la mayor parte del tiempo en acompañarle y protegerle, lo cual fuera manifiestamente inconveniente.

A fin de asegurar este dominio sobre los nervios y conocer si es idóneo para el trabajo que se le ha de confiar, fue siempre sometido el candidato, así en nuestros días como antiguamente, a sufrir las pruebas de la tierra, del agua, del aire y del fuego.



Atalanta Fugiens por Michael Maier, 1618. El iniciado debe enfrentarse a sus propios defectos y errores en el proceso de pruebas psicológicas. Estas pruebas se presentan en forma de experiencias relacionados con los elementos (izquierda) que empujan los defectos y errores a la superficie, de manera que puedan ser vistos, comprendidos y eliminados.

En otros términos: con absoluta certidumbre ha de saber que no llega con teórica sino con práctica experiencia; que en su cuerpo astral ninguno de aquellos físicos elementos puede afectarle ni ser obstáculo a su paso; que nada puede obstruirle el camino de las tareas que ha de emprender.

En el cuerpo físico estamos plenamente convencidos de que el fuego puede quemarnos y el agua ahogarnos; que las montañas y rocas, como cuerpos sólidos, constituyen infranqueable valla a nuestro avance; y que no podemos lanzarnos sin apoyo a la atmósfera. Tan profundamente arraigada está en nosotros esa convicción, que a la mayor parte de los hombres les cuesta grandísimo trabajo sobreponerse a la instintiva acción que de ella se sigue, y experimentar que al cuerpo astral no le detienen en su libre movimiento los más

espesos muros; que pueden arrojarse impunemente desde las más abruptas peñas, sumirse con la más absoluta confianza en las entrañas de los más impetuosos volcanes o en los más tenebrosos abismos del insondable océano. Así, hasta que un hombre conoce esto lo bastante para obrar instintiva y confiadamente, es relativamente inútil para las tareas astrales, pues las eventualidades que continuamente sobrevienen en aquel plano, lo paralizarían perpetuamente con imaginarias impotencias. Más después de pasar por las pruebas y otras extrañas experiencias, arrostra con serena tranquilidad las más terroríficas apariciones y los más repugnantes ambientes, demostrando, en efecto, que no habrá temor de sus nervios, cualesquiera que sean las circunstancias en que se halle.

Por otra parte, necesitamos dominio de pensamientos y deseos; de pensamientos, porque sin el poder de concentración fuera imposible realizar buena labor entre las distraídas corrientes del plano astral; de deseos, porque en aquel extraño mundo, desear es casi siempre poseer, y a menos de que esté bien regida esta parte de nuestra naturaleza, podríamos hallarnos tal vez con creaciones de nuestro deseo de las cuales nos avergonzaríamos profundamente.

3º Tranquilidad

Otra importante condición es la carencia de toda especie de desaliento o depresión de ánimo. Gran parte de la tarea consiste en fortalecer a los afligidos, en consolar a los tristes; y ¿cómo podrá un protector realizar esta obra si su propia aura vibra en incesante conturbación o abatimiento o está entenebrecida por la intensa melancolía dimanante del desaliento? Nada es más irremediabilmente fatal para el progreso del ocultismo o la utilidad que nuestro hábito del siglo diecinueve -de preocuparnos incesantemente por tonterías de hacer eternamente montañas de estacas.

Muchos malgastan neciamente la vida en abultar las más absurdas fruslerías labrando penosamente su propia miseria.

Seguramente los teósofos debemos a toda costa llegar más allá de semejante estado de insano abatimiento y fútil desánimo;

seguramente nosotros que tratamos de adquirir definitivas ideas del orden cósmico, debemos por esta vez comprender que la vista optimista de todas las cosas está siempre más cerca del pensamiento divino y por lo tanto de la verdad, pues sólo lo que es bueno y hermoso tiene posibilidad de ser permanente, mientras que el mal ha de ser transitorio por su propia naturaleza. En efecto, como dice Browning:

“El mal es ilícito, vacuo; es el silencio que significa sonido, mientras que encima y más allá el alma de las cosas es dulce, el corazón de los seres es celestial descanso”.

Así aquellos que saben mantenerse en imperturbable calma combinan con Su perfecta simpatía la gozosa serenidad que proviene de la certidumbre de que toda aspiración ha de quedar al fin cumplida. Y aquellos que desean proteger deben aprender a seguir su ejemplo.

4º Sabiduría

Para ser útil el hombre debe por lo menos tener algún conocimiento de la naturaleza del plano en que ha de actuar; y será, por lo tanto, más útil quien de una u otra suerte posea mayores conocimientos. Debe hacerse apto para esta tarea estudiando cuidadosamente todo cuanto la literatura teosófica ha escrito sobre el particular, porque no ha de esperar que quienes tienen ya el tiempo enteramente ocupado, distraigan parte en explicarle lo que pudo aprender en el plano físico sin otro trabajo que leer los libros. Ninguno que no sea tan ardiente estudiante como su capacidad y ocasiones permitan, ha de presumirse candidato para las tareas astrales.

5º Desinterés

Parecería muy poco necesario insistir en esto como una calificación, ya que seguramente todos los que han estudiado -por muy poco que sea- la Teosofía deben saber que, la mancha más leve de egoísmo que permanezca en un hombre indica que todavía no está en condiciones de que se le confíen poderes superiores, aún no está en condiciones de iniciar una obra cuya esencia misma es de que, el trabajador debe olvidarse de sí mismo y recordar el bien de los demás. El que aún es

capaz de un pensamiento egoísta, cuya personalidad todavía es tan fuerte en él, que puede dejar de lado su trabajo por sentimientos de orgullo mezquino o sugerencias de dignidad herida; ese hombre todavía no está listo para mostrar la devoción desinteresada del ayudante.

6º Amor

Es la última y mayor de las condiciones y también la menos comprendida. De un modo más enfático: no es el sentimentalismo barato, sin fundamento y ambages, el que siempre está rebosando en errores y en generalidades vertiginosas, mantiene el hombre discreto por miedo a que el ignorante lo tilde de falta de fraternidad.

Hemos de desear aquel amor bastante fuerte para no caer en jactancia; el intenso deseo de ser útil, que siempre avizora coyunturas de prestar servicios aunque prefiera hacerlo anónimamente; el sentimiento nacido en el corazón de quien conoce la gran obra del Logos y habiéndola visto una vez, se convence de que para él no puede haber en los tres mundos otra aspiración que identificarse con esa obra en el mayor grado posible para llegar a ser, aunque en modesta proporción y a gran distancia, un pequeño canal de aquel portentoso amor divino que, cómo la paz de Dios, escapa a la comprensión del hombre.

Estas son las cualidades que el protector debe esforzarse incesantemente en alcanzar, y que en grado suficiente debe reunir antes de que el Gran Ser que se mantiene tras él lo juzgue apto para el completo despertar.

Sublime es en verdad el ideal, pero nadie ha de retroceder descorazonado ni pensar que, mientras forcejee hacia él, deba permanecer completamente inútil en el plano astral, porque aún exento de las responsabilidades y peligros del pleno despertar, hay mucho que segura y provechosamente puede hacer.

Difícilmente se hallará entre nosotros quien no sea capaz de llevar a cabo, por lo menos una definida acción de beneficencia o de buena voluntad, cada noche, mientras está fuera de su cuerpo. Nuestra

condición durante el sueño es ordinariamente una especie de absorción en pensamiento, recordémoslo, una continuación de los pensamientos que principalmente nos han ocupado durante el día y más en particular del último que ocupaba nuestra mente al quedar dormidos. Ahora bien: si nuestro último pensamiento es la firme intención de ir a prestar auxilio a alguien cuya necesidad de él conozcamos, cuando el alma esté libre del cuerpo realizará indudablemente aquel intento y prestaremos el auxilio. Varios casos hubo en que al efectuar este esfuerzo, la persona a quien se dirigía fue plenamente consciente del anhelo de quererla auxiliar y aún vio su cuerpo astral en el acto de llevar a cabo las instrucciones impresas en él.

Verdaderamente, nadie ha de entristecerse por la idea de que no pueda tener participación ni empleo en esta gloriosa obra. Quien tal creyera estaría completamente equivocado, porque quienquiera que pueda pensar, puede auxiliar.

Ni tampoco es necesario limitar tan provechosa labor a las horas de sueño. Si sabéis (¿y quién no sabe?) de alguien que esté afligido o apesadumbrado, aunque no seáis capaces de estar conscientemente en astral forma junto a su cama, podéis sin embargo enviarle amorosos pensamientos y ardientes deseos de benevolencia, con la completa seguridad de que tales pensamientos y deseos son reales, vivos y fuertes; que al enviarlos mueven y actúan vuestra voluntad en proporción a la fuerza que hayáis puesto en ellos.

Los pensamientos son cosas intensamente reales y visibles a los ojos de quienes los abrieron para ver, y por su medio el hombre más pobre logra su parte en las buenas obras del mundo tan plenamente como el más rico. De este modo, a lo menos, ya seamos o no capaces de funcionar conscientemente en el plano astral, podremos afiliarnos y debemos todos afiliarnos en el ejército de protectores invisibles.

Pero el aspirante que resueltamente anhele llegar a ser de la fraternidad de protectores astrales que laboran bajo la dirección de los grandes Maestros de Sabiduría, hará de su preparación parte de un muy amplio plan de perfeccionamiento. En vez de esforzarse en ser apto tan sólo para esta particular rama de Su servicio, tomará con

resuelta determinación la mucho mayor tarea de seguir sus huellas, de convertir todas las energías de su alma a lograr lo que Ellos alcanzaron, a fin de que este poder de auxiliar al mundo no quede limitado al plano astral, sino extendidos a más altos niveles, que son la verdadera morada del divino ser del hombre.

Hace mucho tiempo fue trazado el sendero por la sabiduría de aquellos que en otra edad lo recorrieron; un sendero de perfección que más pronto o más tarde todos debemos seguir, ya lo escojamos ahora de propia y libérrima voluntad, ya esperemos a que después de muchas vidas e infinidad de sufrimientos, la lenta e irresistible fuerza de evolución nos impela a lo largo del sendero entre los rezagados de la familia humana.

Pero el hombre prudente entra ansioso y sin demora en el sendero, dando rostro a la meta del Adeptado, a fin de que librándose para siempre de toda duda, temor y tristeza, pueda también ayudar a otros en la obtención de la confianza y felicidad.

Lo que sean las etapas de este Sendero de Santidad, como le llaman los budistas, y en qué orden están dispuestas, veremos en el capítulo siguiente.

El Sendero Probatorio

Los libros orientales nos dicen que hay cuatro medios de atraer a un hombre al comienzo del sendero de perfeccionamiento espiritual:

1º Por compasión de quienes ya entraron en él; 2º Por oír o leer las enseñanzas de la filosofía oculta; 3º Por iluminación refleja; esto es, que por la sostenida fuerza de robustos pensamientos y claros raciocinios puede alcanzar la verdad o parte de ella por sí mismo; 4º Por la práctica de la virtud; lo cual significa que una serie de virtuosas existencias, sin necesidad de desenvolvimiento intelectual, puede eventualmente desarrollar en un hombre la intuición suficiente para sentir la necesidad de entrar en el sendero y ver la dirección en que está trazado.

Cuando por cualquiera de estos medios llega el hombre a este punto, tiene derechamente ante sí el elevadísimo Adeptado, con tal que sepa columbrarlo. Al escribir para los estudiantes de ocultismo, no es necesario decir que en nuestro actual grado de desarrollo no hemos de esperar el conocerlo todo ni casi todo, sino tan sólo los peldaños inferiores de este sendero, pues de los superiores no conocemos sino los nombres, aunque ocasionalmente nos hieran los fulgores de la inefable gloria que los circunda.

Según las enseñanzas esotéricas, estos peldaños están agrupados en tres grandes divisiones:

1º El período probatorio antes del cual, no se suelta prenda ni promesa alguna ni se dan iniciaciones en el verdadero sentido de la palabra. Esto conduce al hombre al nivel necesario para pasar con éxito a través de lo que en los libros de Teosofía se llama comúnmente el período crítico de la quinta ronda.

2º El período de juramento al discipulado, o el sendero propiamente dicho, cuyos cuatro trechos se llaman a menudo en los libros orientales: los cuatro senderos de santidad. Al término de ellos, el discípulo obtiene el Adeptado o sea el nivel que ha de alcanzar la humanidad al fin de la séptima ronda.

3º El período que nos atrevemos a llamar oficial, en el que el Adepto toma definitiva parte (bajo la gran Ley cósmica) en el gobierno del mundo y desempeña un especial cargo en relación con él. Naturalmente que cada Adepto y aún cada discípulo, una vez admitidos definitivamente, según hemos visto en los primeros capítulos, toma parte en la gran obra de auxiliar la progresiva evolución del hombre; pero aquellos que están en más altos niveles, toman a su cargo ministerios especiales, análogamente a los del gobierno de las monarquías bien ordenadas. No tenemos intención de tratar en este libro del período oficial, pues nunca se hizo pública noticia alguna sobre él y la materia en conjunto está muy demasiado más allá de nuestro alcance para que pudiera ser provechosa su publicación. Por lo tanto, nos limitaremos a las dos primeras divisiones. Antes de entrar en detalles acerca del período probatorio, conviene decir que en casi todos los libros sagrados de Oriente es considerado este peldaño como simplemente preliminar y apenas como parte del sendero, porque consideran que sólo se entra en éste cuando se dan definitivos juramentos. Mucha confusión ha ocasionado el hecho de que el número de los peldaños comience ocasionalmente en este punto, aunque más a menudo al principio de la segunda gran división; algunas veces se cuentan los peldaños y otras veces las iniciaciones conducentes a dentro o fuera de ellos, de modo que al estudiar los libros ha de estar uno constantemente sobre aviso para no caer en error.

Sin embargo, el carácter de este período probatorio difiere notablemente del de los otros.

Las divisiones entre sus peldaños no son tan precisas como la de los grupos superiores, y los requisitos no son tan definidos ni tan rigurosos. Pero será fácil explicar este último punto después de dar una relación de los cinco peldaños de este período con sus respectivos requisitos. Los cuatro primeros han sido hábilmente descritos por el Señor Mohini Mohun Chatterji en la primera labor cumplida por la Logia de Londres, a la que remitimos al lector para más completas explicaciones de las que podemos dar aquí.

Muy valiosa información sobre ello dio también la Sra. Besant en sus

libros: El Sendero del Discipulado y En el recinto externo (Hacia el Templo).

El nombre de los peldaños diferirá en algo, porque en esos libros rige la terminología indo-sánscrita, mientras que la nomenclatura pali, que empleamos aquí, es la del sistema budista; pero, aunque la materia se nos alcance desde otro aspecto, los requisitos serán exactamente los mismos por más que varíe la forma externa. Entre paréntesis pondremos la equivalencia léxica de cada palabra y a continuación la explicación dada ordinariamente por el Maestro.

1. Manodvâravajjana

(la apertura de las puertas del entendimiento; o, tal vez, el escape por la puerta del entendimiento)

En este peldaño el candidato adquiere una firme convicción de la vanidad de las pasajeras aspiraciones puramente terrenas. Esto suele describirse a menudo como el aprendizaje de la diferencia entre lo real y lo ilusorio, para lo que a veces es preciso largo tiempo y difíciles lecciones. Evidente es que tal aprendizaje debe ser el primer paso hacia el verdadero progreso, porque ningún hombre entra alegremente y de todo corazón en el sendero hasta que definitivamente se resuelve a “poner sus miras en las cosas del cielo y no en las de la tierra”; y esta resolución dimana de la certidumbre que nada de lo terreno tiene valor alguno si se compara con la vida más alta. A este paso le llaman los hindúes la adquisición del Viveka o discernimiento, y el Sr. Sinnett lo considera como la sumisión al yo superior.

2. Parikamma

(preparación a la acción)

Es el peldaño en que el candidato aprende a obrar en justicia, por consideración sencillamente a la justicia, sin haber cuenta de su propio provecho o perjuicio en este mundo o en el venidero. Además adquiere, según explican los libros orientales, perfecta indiferencia a gozarse en el fruto de sus propias acciones. Esta indiferencia es el

natural resultado del paso anterior; porque una vez se percata el neófito del vano y transitorio carácter de todas las recompensas humanas, cesa de desearlas; una vez brille en su alma la refulgencia de lo real, nada absolutamente de lo de aquí abajo podrá ser objeto de sus ansias. A esta elevada indiferencia le llaman los hindúes vairagya.

3. Upachâro

(atención o conducta)

Es el peldaño en que deben adquirirse “las seis cualidades” (las Shatsampatti de los hindúes), que en pali se llaman como sigue:

a)Samo. (quietud) - Aquella pureza y calma de pensamiento que dimanen del perfecto gobierno de la mente, es una cualidad en extremo difícil de alcanzar y la más necesaria porque si el entendimiento no actúa de acuerdo únicamente con la voluntad, no puede ser adecuado instrumento para la obra del Maestro en lo porvenir. Esta cualidad es de muy vasta extensión y entraña a la vez el dominio de sí mismo y la calma ya descrita en el capítulo catorce como necesaria para la acción astral.

b)Damo. (subyugación) - Un parecido dominio sobre las palabras y actos y por lo tanto pureza de unas y otros. Es cualidad que se deduce necesariamente de la anterior.

c)Uparati. (cesación) - Se explica como el cese del fanatismo o creencia en la necesidad de algún acto, práctica o ceremonia prescrito por determinada religión, conduciendo así al aspirante a la independencia de pensamiento y a una amplia y generosa tolerancia.

d)Titikkha. (resistencia o paciencia) - Con ello se significa la facilidad de soportar alegremente cualquier clase de karma que pueda sobrevenir y separarse de cualquiera y cada cosa mundana si fuese ello necesario. Esto abarca también la idea de la completa carencia de rencor por injurias, pues conoce que quienes le injurian no son sino instrumentos de su karma.

e)Samadhana. (aplicación) - El rigor consigo mismo, que entraña la incapacidad de desviarse del sendero por la tentación. Se relaciona

muy estrechamente con la docilidad o ingenuidad mental de que se habló en el capítulo anterior.

f)Saddha. (confianza) - Confianza en el Maestro y en uno mismo. Confianza que consiste en considerar al Maestro como aleccionador competente; y en que por desconfianza que sienta el discípulo en sus propias fuerzas, arde en su interior aquella divina chispa que convertida en llama le hará capaz de realizar cuanto su maestro realiza.

4. Anuloma

(orden o sucesión directa, como significando que el logro de esta cualidad es consecuencia natural de las otras tres)

Es el peldaño que se adquiere el intenso deseo de liberación de la vida terrena para unirse a la más elevada. A esto le llaman los hindúes Mumukshatva.

5. Gotrabhu

(condición de aptitud para la iniciación)

En este peldaño el candidato reúne, por decirlo así, sus adquisiciones previas y las fortalece en el grado necesario para el próximo gran paso que le colocará en el sendero, propiamente como discípulo aceptado. Al logro de este nivel sigue muy rápidamente la iniciación en el próximo grado. Respondiendo a la pregunta “¿Quién es Gotrabhû?”, dijo Buda:

“Es Gotrabhû el hombre que posee las condiciones de las cuales se sigue inmediatamente el comienzo de la santificación.”

La sabiduría necesaria para la recepción en el sendero de santidad se llama Gotrabhûgñana.

Vislumbrados rápidamente los peldaños del sendero probatorio, examinemos el punto a que al principio nos referimos, o sea que el perfecto logro de estos requisitos y cualidades no hemos de esperarlo en este peldaño terrenal. Como dice el Sr. Mohini:

“Si todas ellas son igualmente vigorosas, el Adeptado se alcanza en la misma encarnación.”

Pero tal resultado es en extremo raro. El candidato debe esforzarse sin cesar en adquirirlas, pero fuera erróneo suponer que nadie ha sido admitido a un peldaño sin poseerlas todas en el más alto grado posible.

Ni tampoco es necesario que a un peldaño siga precisamente otro en el mismo orden definido, porque en algunos casos podrá un hombre desarrollar varias cualidades mucho mejor simultáneamente que en regular sucesión. Es evidente que un hombre puede fácilmente trabajar durante una gran parte de este sendero, aunque esté completamente ignorante de su existencia; y sin duda muchos buenos cristianos y muchos ardientes librepensadores están ya muy adelantados en el camino que eventualmente les conducirá a la iniciación, aunque en su vida no hayan oído hablar ni una palabra de ocultismo.

Hago mención especial de cristianos y librepensadores porque las demás religiones admiten como posible el perfeccionamiento oculto, y por lo tanto lo echarán ciertamente de ver quienes anhelan algo de más satisfactorio que las creencias exotéricas.

También debemos notar que los peldaños del período probatorio no están separados por iniciaciones en el riguroso sentido de la palabra, aunque estén salpicados de pruebas y ensayos de toda clase y en todos los planos, y puedan ser avivados por fortalecedoras experiencias y por sugerencias y auxilios en cualquier tiempo en que seguramente puedan darse. Algunas veces propendemos a emplear la palabra iniciación un tanto ligeramente, como, por ejemplo, cuando la aplicamos a las pruebas que acabamos de citar; pero en rigor sólo se refiere a la solemne ceremonia en que un discípulo es formalmente admitido a un más alto grado por un adecuado ministro que en nombre del Ser Iniciador recibe sus votos y pone en sus manos la nueva llave de conocimiento que ha de usar en el nivel alcanzado en aquel punto. Tal iniciación tiene efecto al entrar en la división que vamos a considerar y también al pasar de un peldaño al que le sigue inmediatamente.

Nota del editor: Para más detalles de las ceremonias e iniciaciones, véase el libro “[LOS Maestros y el Sendero](#)” por el mismo autor.

El Sendero Apropiado

En los cuatro peldaños de esta división del sendero es donde han de quebrantarse los diez Sauryojana o ligaduras que atan al hombre al ciclo de reencarnaciones y lo retienen del Nirvana, deben ser desechados.



En la parte superior izquierda de la rueda está el Buda, lo que indica que la liberación del ciclo del samsara, es posible.

Aquí aparece la diferencia entre el período de juramento del discipulado y la prueba previa. Ningún éxito parcial para deshacerse de estas ligaduras es suficiente a este punto, pues antes de que el candidato pueda pasar de un peldaño al inmediatamente próximo, debe estar completamente libre de algunos de estos impedimentos, y cuando los enumeremos se verá cuán difícil de alcanzar es este requisito y no nos maravillaremos de que los libros sagrados digan que algunas veces son precisas siete encarnaciones para recorrer esta división del sendero.

Cada uno de aquellos cuatro peldaños o etapas se subdivide a su vez en otros cuatro. Cada uno de ellos tiene: 1º El Maggo, o camino durante el cual se esfuerza el estudiante en desechar las ligaduras; 2º El Phala (goce del fruto), o sea cuando echa de ver el resultado de su acción que cada vez más se le muestra; 3º El Bhavagga, o consumación, el período en que, una vez que el resultado ha culminado, es capaz de cumplir satisfactoriamente el trabajo que pertenece al paso en el que ahora se encuentra firmemente; y 4º El Gotrabhû, que, como antes se dijo, significa el tiempo en que llega a la aptitud necesaria para recibir la inmediata iniciación.

La primera etapa es:

1. Sotâpati o Sohan

Al discípulo que ha llegado a este nivel se le llama Sowani o Sotapanna, esto es, “el que ha entrado en la corriente”; porque desde este período, aunque vacile, aunque sucumba a violentas tentaciones y se desvíe del camino por una vez, no retrocederá completamente de su estado espiritual para volver a ser mundano. Ha entrado ya en la corriente de la evolución superior humana por la que todo hombre ha de seguir en la próxima ronda, a menos que por transitorios deslices le deje atrás la gran ola de la vida, para esperar ulteriores progresos, hasta la próxima cadena de mundos. El discípulo capaz de recibir esta iniciación se ha adelantado, por lo tanto, a la mayoría de la humanidad en el período completo de una ronda de todos nuestros siete planetas, y al hacerlo así se ha precavido definitivamente contra la posibilidad

de separarse de la corriente en la quinta ronda. Por lo tanto, se le suele llamar el salvo o el seguro.

De comprender mal esta idea surgió la peregrina teoría de la salvación, defendida por una secta cristiana. La salvación eoniana de que hablan algunos textos no es, como blasfemamente supusieron los ignorantes, la salvación de eternos tormentos, sino sencillamente la de inutilizar el apoyo de este eón o dispensación por desviarse de la línea de perfeccionamiento.

Este es también el natural significado de las palabras del credo de Anastasio:

“Para ser salvo se requiere ante todo la necesidad de mantener la fe católica.” – (Véase El Credo Cristiano, pág. 91.)

Los impedimentos o ligaduras que hemos de quebrantar antes del paso a la próxima etapa son:

- 1º Sakkayaditthi.- La ilusión del yo.
- 2º Vichikichchha.- Duda e incertidumbre.
- 3º Silabbataparamasa.- Superstición.

El primero es el “yo soy yo” o conciencia que relacionada con la personalidad no es más que una ilusión y debe ser desechada en la primera etapa del verdadero sendero de progreso. Pero quebrantar del todo dicho impedimento significa aún más que esto, porque entraña la realización del hecho que la individualidad es verdaderamente una con el Todo y que, por lo mismo, nunca puede tener un interés opuesto al de sus hermanos, y que tanto más verdaderamente progresa quien con mayor ahínco contribuye al progreso de los demás.

Porque el verdadero signo y estigma de haber alcanzado el nivel Sotapatti es el primer ingreso del discípulo en el plano inmediatamente superior al mental, aquel que comúnmente llamamos búdico. Puede ser y será este ingreso un ligerísimo toque de los más bajos sub-planos de aquella portentosamente excelsa condición que el discípulo puede, no obstante, experimentar en vislumbre antes de entonces con la ayuda del Maestro; pero aun este toque es algo que

jamás se olvida, algo que abre un nuevo mundo ante él y subvierte enteramente sus ideas y sentimientos. A la sazón, mediante la extensa conciencia de aquel plano, por vez primera se convence verdaderamente de la oculta unidad de todas las cosas, no sólo como simple concepto, sino como hecho definitivo y patente a sus abiertos ojos; entonces conoce realmente, por primera vez, algo del mundo en que vive; entonces, también por vez primera, alcanza un tenue vislumbre de lo que deben de ser el amor y la compasión de los grandes Maestros.

Respecto al segundo impedimento conviene anteponer dos palabras. Los que nos hemos educado en las costumbres mentales de Europa, estamos desgraciadamente, tan familiarizados con la idea de exigir a los discípulos ciega e irrazonable adhesión a ciertos dogmas, que al oír que el ocultismo considera la duda como un obstáculo al progreso, nos inclinamos a suponer igualmente que también es precisa la misma incuestionable fe de sus seguidores como exigen las modernas supersticiones. Nada más falso.

Es verdad que la duda (o más bien la incertidumbre), en determinadas cuestiones, es un obstáculo al perfeccionamiento espiritual; pero el antídoto de esta duda no es la fe ciega (que está considerada como un impedimento, según veremos), sino la certeza de convicción hallada en experiencias personales de matemática demostración. Si un niño duda de la exactitud de la tabla de multiplicar, difícilmente aprenderá las matemáticas; y sus dudas sólo podrán ser satisfactoriamente resueltas por la comprensión basada en razonamientos y demostraciones que evidencien la verdad de la tabla. Cree que dos y dos son cuatro, no precisamente porque así se lo enseñaron, sino porque ha llegado a ser para él un hecho evidente y éste es rigurosamente el único método que para resolver las dudas conoce el ocultismo.

Se ha definido el Vichikichchha como la duda de las doctrinas del karma y de la reencarnación, y de la eficacia del método de alcanzar el supremo bien por el sendero de santidad. Librándose de él, llega el Samyojana a la absoluta certidumbre, basada ya sobre su personal y directo conocimiento, ya sobre la razón de que son verdaderas las

enseñanzas esotéricas tocantes a dichos puntos.

El tercer impedimento que se ha de quebrantar comprende toda clase de irracionales o engañosas creencias, toda dependencia en la eficacia de ritos externos y ceremonias para purificar el corazón. El que lo quebrante conocerá que eso depende de uno mismo, no de otros ni de la cáscara externa de cualquier religión.

Los tres primeros impedimentos están relacionados en ordenada serie. Una vez conocida plenamente la diferencia entre la individualidad y la personalidad, es posible apreciar algo extensamente el actual proceso de reencarnación y disipar así toda duda sobre el particular.

Hecho esto, el conocimiento de la permanencia espiritual del verdadero yo suscita la confianza en la propia fuerza espiritual de uno mismo y disipa la superstición.

2. Sakadagâmi

Al discípulo que ha entrado en esta segunda etapa se le llama Sakadagami, esto es: “el hombre que retrocede sólo una vez”. Significa que el hombre que ha alcanzado este nivel sólo necesitará otra encarnación para llegar al Arahata. En este período, no se ha de quebrantar ningún impedimento adicional, sino que el discípulo está ocupado en reducir al mínimo los que todavía le encadenan. Sin embargo, es comúnmente un período de considerable perfeccionamiento psíquico e intelectual. Si no se han adquirido previamente las que comúnmente llamamos facultades psíquicas, deben ser desarrolladas durante este período, porque sin ellas fuera imposible asimilarnos el conocimiento que se nos ha de dar ni cumplir la elevada obra en favor de la humanidad, en la que el discípulo tiene ya en aquel punto el privilegio de cooperar. Debe ser dueño de su conciencia astral durante la vigilia de su vida física y durante el sueño se abrirá ante él el mundo celeste, porque la conciencia de un hombre cuando está fuera de su cuerpo físico es siempre un grado más elevada que la que posee mientras habita en la fatigante prisión de la carne.

3. Anagami

(el que no vuelve)

Se le llama así porque habiendo alcanzado este nivel debe ser capaz de alcanzar el próximamente inmediato a su actual existencia. Durante las cotidianas tareas de su profesión goza de las espléndidas posibilidades de progreso que da la plena posesión de las inestimables facultades del mundo celeste, y cuando por la noche abandona su vehículo físico entra otra vez en la maravillosamente amplia conciencia propia de budhi.

En este período se desembaraza finalmente de cualquier pertinaz residuo de los dos impedimentos siguientes:

4º Kamaraga. - Afección al goce emocional representado en el amor terreno.

5º Patigha. - Toda posibilidad de ira o de odio.

El discípulo que ha desechado estos impedimentos ya no puede vibrar en modo alguno por influencia de sus sentidos, ya sea en amor u odio, y queda libre de afecto, ansia o anhelo en las condiciones del plano físico.

Aquí hemos de precavernos de nuevo contra un posible error con el que solemos tropezar. El realmente puro y noble amor humano nunca muere, nunca y de ningún modo mengua a causa de la educación esotérica; por el contrario, se acrecienta y explaya hasta abarcarlo todo con el mismo fervor que al principio fue prodigado a uno o dos seres. Pero el estudiante debe con el tiempo distraer toda consideración referente a la mera personalidad de los que le rodean, y así estará libre de todas las injusticias y parcialidades que el amor ordinariamente entraña. No hemos de suponer ni por un momento que, al alcanzar este amplio afecto hacia todo, pierda el particular amor a sus más íntimos amigos. El singularmente perfecto eslabón entre Ananda y Buda como entre Juan y Jesús, prueba que, por el contrario, este particular amor toma enorme intensidad, y que el lazo entre un Maestro y Sus discípulos es más fuerte que cualquier otro terrenal ligamento.

Porque el afecto que florece en el sendero de santidad es afecto entre egos y no entre personalidades; por lo tanto, es fuerte y permanente, sin miedo de que disminuya o vacile, porque es aquel amor perfecto que ahuyenta todo temor. . .

4. Arahat

(el venerable, el perfecto)

Al alcanzar este nivel, el aspirante goza de continuo la conciencia del plano búdhico y es capaz de usar sus potencias y facultades aun en el cuerpo físico; y si lo abandona durante el sueño o el éxtasis, pasa inmediatamente a la inefable gloria del plano nirvánico. En este estado el ocultista debe desechar los últimos residuos de los cinco postreros impedimentos, que son:

6º Rugaraga. - Deseo de belleza de forma o de existencia física en cualquier forma, incluso la del mundo celeste.

7º Arugaraga. - Deseo de vida sin forma.

8º Mano. - Orgullo.

9º Uddhachcha; - Agitación o irritabilidad.

10º Avidya. - Ignorancia.

Debemos notar en esto que el desecho del Rugaraga, no sólo entraña la anulación del deseo de vida terrena y de la astral y devakánica, por gloriosas que unas y otras puedan ser, sino también de toda propensión a quedar indebidamente atraído o repelido por la belleza externa o la aparente fealdad de alguna persona o cosa.

El Arugaraga, o deseo de vida, ya en los más altos planos sin forma del mundo celeste, ya en el todavía más excelso plano búdhico, sería sencillamente una especie más sutil y menos sensual de egoísmo y debe desecharse de la misma manera que el más grosero. Uddhachcha significa literalmente “propensión a ser perturbado en el pensamiento”; y el hombre que del todo se desembarazase de este impedimento sería absolutamente impávido, indiferente a cualquier cosa que pudiera sucederle, perfectamente inaccesible a cualquier clase de ataque a esta dignificada serenidad.

El desecho de la ignorancia entraña naturalmente la adquisición de la perfecta sabiduría, la omnisciencia práctica por lo que concierne a nuestro sistema planetario. Cuando han desaparecido todos los impedimentos, el ego alcanza la quinta etapa, la etapa del completo Adeptado, y llega a ser.

5. Asekha

(“el que ya no tiene nada que aprender,” en lo relativo a nuestro sistema planetario)

En nuestro actual nivel es imposible que comprendamos lo que significa este logro.

Todo el esplendor del plano nirvánico se extiende ante los despiertos ojos del Adepto, mientras que cuando le place abandonar su cuerpo tiene poder para entrar en algo todavía más elevado: en un plano del cual sólo conocemos el nombre.

Como dice el profesor Rhys Davids:

“Queda entonces libre de todo pecado; ve y aprecia todas las cosas en su verdadera existencia y en su justo valor; y como de su mente está desarraigado todo mal, sólo siente deseos justos y nobles en sí mismo, y tierna compasión y miramientos y sublime amor hacia los demás”

Para demostrar cuán poco ha perdido el sentimiento de amor, dice el Metta Sutta al tratar al estado intelectual de quien se halla en este nivel:

“Como ama una madre, que aun a riesgo de su vida protege sólo a su hijo; así siente el amor hacia todos los seres. Con benevolencia inmensa influye en el mundo entero, arriba, abajo, alrededor, sin límites, sin sentimiento alguno de interés diferente u opuesto. Cuando un hombre permanece firmemente en este estado mental, sin cesar un punto, ya esté quieto o andando, ya sentado o acostado, entonces llega a realizar lo que está escrito: Aún en esta vida se halló la santidad”.

Qué hay Más Allá

Es evidente que, más allá de este período, nada sabemos de las nuevas cualidades requeridas para el acceso a los aún más altos niveles que se extienden ante el hombre perfecto.

No cabe duda sin embargo, que cuando un hombre llega a ser Asekha ya apuró todas las posibilidades de perfeccionamiento moral, y que mayor adelanto para él, sólo puede significar un todavía más extenso conocimiento y una aún más maravillosa fuerza espiritual. Sabemos que cuando el hombre alcanza esta espiritual virilidad, ya por el tardío curso de la evolución, ya por el más corto sendero de la auto-perfección, asume el pleno gobierno de sus propios destinos, escoge su futura trayectoria de evolución entre los siete senderos posibles que ve abiertos ante sus ojos.

Naturalmente, en nuestro nivel actual no cabe esperanza de comprender gran cosa sobre este particular, y la débil silueta de algunos de estos senderos, que es todo cuanto podemos alcanzar, dice muy poco a la inteligencia, pues por la mayor parte los elige el Adepto enteramente aparte de nuestra cadena planetaria que no le permite suficiente campo para su evolución.

Uno de los senderos es el de quien según la frase científica: “acepta el Nirvana”. Acerca de si durante incalculables eones permanecen en esta sublime condición porque su tarea es la de prepararse la futura línea de evolución, es asunto sobre el cual nada sabemos; y, verdaderamente, si alguna noticia pudiera darse respecto de estos puntos, es más que probable que no la comprendiéramos en nuestro presente estado de evolución. Pero si no esto, al menos podemos inferir que el beatífico estado de Nirvana no es, como algunos han supuesto ignorantemente, una condición de estéril aniquilamiento sino por el contrario, de la más intensa y benéfica actividad; y que según el hombre se eleva en la escala de la naturaleza, sus posibilidades son mayores y su trabajo en pro de otros mayor y más difícil de alcanzar; y que aquella infinita sabiduría y poder infinito tan sólo significan para él infinita capacidad para el servicio, porque son

dirigidos por infinito amor.

Otros escogen una evolución espiritual no enteramente alejada o separada de la humanidad, porque aunque no directamente relacionada con la próxima cadena de nuestro sistema, se extiende en dos largos períodos correspondientes a su primera y segunda rondas, al fin de cual tiempo también se le presentará la “aceptación del Nirvana”, pero en mayor grado que el previamente dicho.

Otros se unen a la evolución del deva cuyo progreso se extiende a lo largo de una gran cadena formada por siete cadenas como las nuestras, cada una de las cuales es para ellos como un mundo. Esta clase de evolución se considera como la más gradual y por lo tanto, la menos ardua de las siete carreras; pero aunque de ella se haga referencia en los libros como “propensa a la tentación de llegar a ser un dios” ello sólo es así comparado con la sublime alteza de renunciación del Nirmanakaya que puede llamarse de esta semi-despectiva manera porque el Adepto que escoge este sendero tiene verdaderamente un glorioso camino ante él, y aunque el escogido no sea el más corto es, sin embargo, nobilísimo.

Otro grupo es el de los Nirmanakayas; aquellos que rechazando todos esos fáciles métodos, escogen el más corto, pero el más escabroso sendero que conduce a las supremas alturas que ante él se yerguen. Forman lo que en términos poéticos se llama el “muro protector” y, como se nos dice en La Voz del Silencio, protegen al mundo de mayores y más remotas miserias y aflicciones, consagrando todas sus fuerzas al trabajo de derramar sobre él un raudal de fuerza espiritual y auxiliadora sin la cual estaría seguramente sumido en mayor desesperación que lo está ahora.

Todavía quedan aquellos que permanecen en más directa asociación con la humanidad y continúan revistiéndose de la carne, escogiendo el sendero que conduce a lo largo de las cuatro etapas que antes hemos llamado período oficial.

Entre ellos están los Maestros de Sabiduría, aquellos de quienes los estudiantes de Teosofía aprendimos los fragmentos que conocemos de la potente armonía de la Naturaleza. Mas parece que solo un número

relativamente corto escoge esta carrera; tal vez sólo los que son necesarios para llevar a cabo este aspecto físico de las tareas protectoras.

Al oír hablar de estas diferentes posibilidades, muchos exclaman temerariamente que en la mente de un Maestro sólo debiera surgir el pensamiento de escoger aquel camino en que mejor pudiera ayudar a la humanidad; pero si supieran más no harían esta observación los que la hacen, pues no debemos olvidar que hay otras evoluciones en el sistema solar además de la nuestra, y sin duda es necesario para el desenvolvimiento del vasto plan del Logos que haya Adeptos operantes en los siete órdenes a que nos hemos referido. Seguramente la elección hecha por el Maestro tendrá por fin el ir allá donde su trabajo sea más necesario, colocando sus servicios, con absoluta abnegación de sí mismo, a disposición de las Potestades que rigen esta parte del gran plan de evolución. Este es el sendero que ante nosotros se extiende, el sendero que cada uno de nosotros está empezando a recorrer.

Aunque prodigioso por sus elevadas lejanías, recordemos que hemos de seguirlo gradualmente, paso a paso, y que los que ahora están cercanos a la meta se arrastraron antes en el cieno del valle, como nosotros ahora.

Aunque al principio parezca este sendero áspero y fatigoso, según vamos subiendo nuestras pisadas llegan a ser firmes y nuestra vigilancia más amplia, y así nos hallamos más capaces de ayudar a los que tras de nosotros vienen trepando.

Porque al principio es arduo y fatigoso para el yo inferior, se le ha designado algunas veces con el engañoso título de “Sendero de angustia” pero, como dice hermosamente la señora Besant, en el fondo de todos esos sufrimientos late un profundo y esperanzado gozo de lo alto.

Cuando se desvanece el último jirón de la personalidad, se desvanece también todo lo que puede sufrir, y en el perfeccionado Adepto existe la imperturbable paz y el perpetuo gozo. Ve el fin hacia el cual todo propende en continua labor, y se regocija en este fin

conociendo que las tristezas de la tierra no son más que una transitoria fase de la evolución humana.

Esto que acabamos de tratar sucintamente es el profundo contento que dimana de estar en el sendero, de propender por el camino hacia la meta, de conocer que se acrecienta la potencia de ser útil y que la naturaleza inferior se va extirpando paulatinamente. Poco hemos dicho de los rayos de gozo que fluyen sobre el sendero desde los más altos planos, de la deslumbrante claridad de la revelada gloria, de la serenidad contra la que no pueden prevalecer las tormentas de la tierra. Para quienquiera que haya entrado en el sendero, todos los demás caminos pierden su encanto, y sus tristezas tienen más penetrante deleite que los más refinados placeres del bajo mundo. –

(Vahan, vol. V, número 12).

Entonces, que ningún hombre se desespere creyendo que la tarea es demasiado espinosa para él; lo que el hombre hizo, el hombre lo puede hacer; y en la proporción en que extendamos nuestro auxilio a aquellos a quienes podemos ayudar, nos auxiliarán quienes a su vez alcanzaron la capacidad de auxiliarnos. Así, desde lo ínfimo a lo supremo, los que andamos hollando las etapas del sendero estamos ligados unos a otros por larga cadena de mutuos servicios, y nadie ha de creerse olvidado o solo, porque aunque a veces los inferiores peldaños de la gran escala puedan estar envueltos en neblinas, conocemos que conducen a las felicísimas regiones de purísimo ambiente en donde inextinguible refulge la sempiterna Luz.

Conferencia

Ángeles Guardianes y otros Ayudantes Invisibles

Uno de los más hermosos caracteres de la enseñanza teosófica, a mi entender, es que devuelve al hombre las más útiles y saludables creencias de las religiones que ha abandonado. Hay muchos hombres que, creyendo que no deben resolverse a aceptar algunas de las más usuales, miran, sin embargo, volviéndose atrás, con algún sentimiento, las más hermosas ideas que tuvieron en su infancia. Surge en ellas como un crepúsculo lleno de luz, y reconociendo el hecho, no pueden volver a su primitiva actitud como desean, aunque sean amables esas visiones del crepúsculo y la misma claridad no sea tan fuerte comparativamente con sus más bajos tonos. La teosofía viene, pues, en auxilio de esos hombres y les muestra que toda la gloria, la belleza y la poesía, vislumbres que oscuramente han columbrado en ese crepúsculo, existen como realidades vivas, y que, en vez de desaparecer ante la luz del día, sus esplendores se extenderán con mayor intensidad por ella.

Esta enseñanza les devolverá su poesía sobre una nueva base, fundada en hechos científicos en vez de estarlo sobre una tradición incierta.

Un buen ejemplo de ello puede suministrarse con la que emprendo bajo el título de Los Ángeles Custodios y otros Protectores Invisibles.

Hay una infinidad de preciosísimas tradiciones acerca de la custodia espiritual y de la mediación angélica que habrán por igual de creerse, si podemos verlos únicamente en nuestro camino para aceptarlos de un modo racional. He aquí lo que espero explicaros esta noche con cuanto su extensión lo consienta.

La creencia en semejante intervención es verdaderamente antiquísima. En las más primitivas leyendas de la India hallamos huellas de apariciones de las deidades menores en los momentos más críticos de los asuntos humanos.

Los poemas griegos están llenos de historias semejantes, y en la misma historia de Roma leemos que los dioses gemelos Cástor y Pólux guiaron los ejércitos de la naciente República en la batalla del Lago Régilo. En la Edad Media consignaremos que Santiago auxilió a las tropas españolas para que venciesen, y son muchos los cuentos de ángeles que vigilan sobre el piadoso caminante o que intervienen en el crítico momento protegiéndole con su brazo.

Nota: Un caso más reciente, entre nosotros, es el de San Narciso en Gerona en el siglo diecinueve.

Es una “mera superstición popular”, dicen bastantes personas. Quizá; pero donde quiera

que encontramos una superstición popular muy extendida y arraigada, hallamos también por modo invariable algún rastro de verdad; verdad torcida y exagerada, si se quiere; pero verdad al fin. Y éste es el caso de nuestro ejemplo.

La mayor parte de las religiones hablan al hombre de ángeles custodios que están cerca de él en tiempos de aflicción y de trastorno. El Cristianismo no se exceptuó de esta regla; pero por sus pecados cayó sobre la cristiandad la tempestad que por una extraordinaria inversión de la verdad se llamó la Reforma, y por cuya espantosa explosión hubo numerosísimas pérdidas, de las que en gran parte no nos hemos resarcido todavía. Que existía un terrible abuso y que la Iglesia necesitaba una reforma, no he de ponerlo en duda; es más: seguramente fue un verdadero castigo celeste por los pecados que había perpetrado. Así el llamado Protestantismo vació y oscureció el mundo de sus secuaces, porque entre muchas extrañas y tristes falsedades se encargó de difundir la teoría de que nadie ocupa los infinitos escalones que median entre lo divino y lo humano.

Nos ofreció la extraña concepción de una constante y caprichosa oposición del Gobernador del universo con el actor de sus propias leyes y el resultado de sus propios decretos, y esa frecuencia en la súplica de sus criaturas, que aparentemente presumen conocer mejor que Él lo que les conviene.

Sería imposible si uno pudiera llegar a creer tal cosa, desterrar de la mente la idea de que si tal oposición existiese, sería, en verdad, parcial

e injusta. En teosofía no tenemos tal pensamiento, como ya he dicho en otra parte; tenemos nuestra creencia en una perfecta justicia divina, y por eso reconocemos que no puede haber intervención alguna, a menos que la persona auxiliada haya merecido tal ayuda. Pero aun entonces, no será por una directa intervención divina, sino por medio de aquellos agentes.

Sabemos también por nuestro estudio y nuestra personal experiencia que hay muchos escalones intermedios entre lo humano y lo divino. La antigua creencia en los ángeles y arcángeles está justificada por los hechos, pues así como existen varios reinos inferiores a la humanidad, los hay también que están por encima de ella.

Y los que están sobre ellos mantienen la misma posición sobre nosotros que nosotros respecto del reino animal. Sobre nosotros está el gran reino de los devas o ángeles, sobre ellos otra evolución que ha sido llamada la de los Dhyán-Choans, -aunque se dé este nombre a otros órdenes más inferiores-, y así progresivamente hasta llegar a las gradas de lo Divino. Todo es una gradación vital desde el propio Logos hasta el polvo que hay bajo nuestros pies; y de esa gran escala, la humanidad no es más que uno de sus escalones. Hay muchos peldaños por debajo y por encima de nosotros, y cada uno de ellos está ocupado. Sería absurdo que supusiéramos que constituimos la más elevada forma del desenvolvimiento; la última etapa de la evolución. El que aparezcan en la humanidad hombres mucho más avanzados, muéstranos un estado superior y nos da un ejemplo que imitar. Hombres como el Buda, como el Cristo, y como tantos otros menos ilustres, ofrecen ante nuestros ojos un gran ideal, que, trabajando, puede conseguirse por nosotros en el presente.

Ahora bien: si las intervenciones especiales en los asuntos humanos pueden efectuarse, ¿hemos de considerar a las huestes angélicas como los probables agentes empleados en ellas? Algunas veces, pero muy raramente, porque esos elevados seres tienen un propio trabajo que cumplir, relacionado con su lugar en el poderoso esquema de las cosas, y apenas si tienen relación o mediación con nosotros. Sin embargo, el hombre inconscientemente, es por modo extraordinario tan fatuo, que

se siente inclinado a pensar que todos los grandes poderes del universo deben estar vigilando sobre él y prontos a socorrerle, así en sus sufrimientos como en su propia locura o ignorancia. Olvida que no obra para el bien de los reinos inferiores, y que no se desvía de su camino para adelantarse y ayudar a los animales. A veces representa para ellos como el papel del demonio según la ortodoxia, y destruye sus vidas vigorosas e inocentes que tortura y frívolamente consume para satisfacer tan sólo su degradado deseo de crueldad, bajo la convenida denominación de deporte. En otras ocasiones les mantiene en la esclavitud, y si les manifiesta algún cuidado, es sólo porque trabajan para él. Nada hace, sin embargo, para que adelanten en su evolución en abstracto. ¿Cómo puede esperar, pues, de los seres superiores lo que está muy lejos de hacer con los que se hallan un peldaño más bajos?

Bueno fuera que el reino angélico se entrometiese en sus propios negocios, no teniendo más noticias nuestras que las que tenemos nosotros de los gorriones de un árbol. Puede ocurrir, sin embargo, que un deva auxilie en alguna tristeza humana o en alguna dificultad al que por piedad lo haya conmovido; y podrá ayudarnos, justamente, como debemos empeñarnos en asistir a un animal en un contratiempo, pero seguramente su poderosa visión reconocerá de hecho, que en el presente estado de evolución semejantes intervenciones pueden, en la mayoría de los casos, producir infinitamente más daño que bien. En las más remotas edades el hombre fue con frecuencia protegido por esos extraterrestres agentes, porque entonces no era aún nuestra infantil humanidad capaz de recibir las enseñanzas de los maestros; pero ahora que hemos llegado a la adolescencia hemos de suponer que nos hallamos en un estado en el que podemos proveernos de guías y protectores entre nuestro propio rango.

Hay además otro reino en la naturaleza que es muy poco conocido: el de los espíritus naturales o el de las hadas. Aquí también la tradición popular ha conservado la huella de la existencia de una suerte de seres que la ciencia no conoce. Se les ha dado una infinidad de nombres: ninfas, gnomos, elfos, duendes, silfos, ondinas, huestes, etc., etc.; y pocos países hay en los que la demótica no los halle. Son seres que

poseen un cuerpo astral o etéreo, y que, por lo tanto, sólo bajo ciertas circunstancias pueden hacerse visibles al hombre. Por lo general evitan su vecindad, pues no gustan de sus salvajes explosiones de pasión y de deseo; así es que por lo común se ven en algún sitio solitario y por algún montañés o algún pastor, que hacen sus trabajos lejos del importuno trajín de las gentes, y a veces ha ocurrido que una de esas criaturas ha llegado a unirse a algún ser humano y le ha consagrado sus servicios como vemos en las historias de los montañeses de Escocia; pero apenas, del mismo modo, puede esperarse una asistencia inteligente de entidades de esa clase.

Nota: Entre nosotros hay un libro famoso, y más citado que leído, que trata de este asunto. Es el compuesto en Madrid; en 1677 por Fray Antonio Fuentelapeña, bajo el título de “El Ente Dilucidado” donde se dice que el duende “es un animal invisible secundum quid o casi invisible, trasteador”. - Sección 4ª, subsección 5ª T.

Un auxilio tallo prestan los grandes adeptos, los Maestros de Sabiduría, hombres como nosotros, pero tan altamente evolucionados, que podemos considerarlos como dioses por sus poderes, su sapiencia y su compasión. Ellos se consagran por completo al trabajo de ayudar la evolución. ¿Pueden de un modo igual intervenir en los acontecimientos humanos alguna vez?

Ocasionalmente acaso, pero de un modo excepcional, porque tienen otras cosas más grandes que hacer. El ignorante llega a creer que los adeptos deben venir a las grandes ciudades y socorrer al pobre; digo el ignorante, porque sólo uno excesivamente ignaro e increíblemente presuntuoso se aventura a dictar una conducta a los que son infinitamente más sabios y más grandes que él. El hombre sensato y modesto realizará lo que aquellos ordenen por su buena razón, e injuriosos sería el colmo de la estupidez y la ignorancia. Tienen una misión propia que realizar sobre planos más elevados; y así comunican directamente con las almas de los hombres y brillan sobre ellos como el rocío sobre las flores, llevándolas hacia arriba o adelante, lo que es una obra mucho más grande que curar, cuidar y alimentar los cuerpos, aunque esto también pueden hacerlo quizá. El emplearlos, pues, en actuar sobre el plano físico, sería despilfarrar una fuerza infinitamente mayor que la que pusieran nuestros más doctos hombres de ciencia en romper las piedras de un camino, a pretexto de que iba a resultar un

bien para el mayor número, porque el trabajo científico no aprovechará inmediatamente a los pobres. No proviene ciertamente del adepto una intervención física semejante, pues está muy lejos de emplearla a diario.

Los adeptos proceden de dos clases y en muchos casos son hombres como nosotros mismos y no muy lejos de nuestro propio plano. La primera categoría la constituyen lo que llamamos los muertos. Los imaginamos como muy lejos; pero eso es una ilusión. Están muy cerca de nosotros, y aunque en su nueva vida no puedan generalmente ver nuestro cuerpo físico, pueden ver y ven nuestro vehículo astral, y por eso conocen nuestros sentimientos y nuestras emociones. Así saben cuando estamos angustiados, cuando necesitamos ayuda y hasta procuran facilitárnosla. Hay, pues, un número enorme de positivos protectores que pueden ocasionalmente intervenir en los asuntos humanos. De un modo ocasional, pero no muy a menudo, pues el muerto procura adiestrarse en sí mismo, y así pasa rápidamente sobre lo que toca a las cosas terrenales; por eso los más altamente desenvueltos, como los hombres más útiles, son precisamente aquellos que han abandonado la tierra más pronto. Hay, sin embargo, casos indudables en que los muertos han intervenido en los negocios humanos, y es verdad también que tales casos son más numerosos de lo que imaginamos, pues en muchos el hecho ha sido el resultado de una sugestión en la mente de alguna persona viva aún sobre el plano físico, que ignoraba el origen de su feliz inspiración. Algunas veces, pero también muy raras, es necesario para el muerto la solicitud de aquel a quien ha de mostrarse, y es solamente entonces para que los que son tan ciegos sepan su buena intención hacia ellos. Por lo demás, no pueden mostrarse siempre a voluntad de uno; hay ocasiones en que emplearían su protección, pero están incapacitados para efectuarlo y no siempre sabemos la oportunidad de su sacrificio. Hay muchísimos otros casos y algunos de ellos han sido referidos ya en mi obra: “Al otro Lado de la Muerte.”

La segunda categoría entre las que hemos establecido en los protectores, la constituyen aquellos que son capaces de actuar conscientemente sobre el plano astral aun mientras viven, o quizá

diríamos mejor, mientras se hallan en su cuerpo físico, pues las palabras vivo y muerto se emplean muy impropiaamente en el lenguaje ordinario.

Estamos nosotros, sumergidos como nos hallamos en esta materia física, encerrados en la oscura y malsana niebla terrestre, cegados por el pesado velo que impide llegar hasta nosotros la luz y la gloria que resplandece a nuestro alrededor; somos seguramente los verdaderos muertos, y no aquellos que han arrojado a su tiempo el fardo de la carne y permanecen entre nosotros radiantes, regocijados, fuertes, mucho más libres y mucho más capaces que nosotros.

Aquellos que en el mundo físico han aprendido a usar del cuerpo astral, y en algunos casos también del cuerpo mental, son usualmente los discípulos de los grandes adeptos ya mencionados. No pueden ejecutar la obra que los Maestros hacen, pues sus facultades no están desenvueltas todavía, ni pueden aún actuar libremente sobre aquellos planos sublimes donde aquellos producen sus magníficos resultados; pero pueden hacerlo a veces en los planos más inferiores, y están buenamente dispuestos a servir en cualquier camino los mejores pensamientos de aquellos y a emprender tal obra como está en su poder. Así a veces ocurre que viendo alguna desgracia o algún sufrimiento humano, que pueden aliviar con gusto, intentan lo que pueden hacer por él. A menudo pueden auxiliar a un vivo como a un muerto; pero hemos de recordar siempre que lo hacen bajo ciertas condiciones y cuando tal poder y tal instrucción lo confieren a algún hombre, lo hacen también condicionalmente. Nunca usará de ellos egoístamente, ni los ostentará a la mera curiosidad, ni los empleará en averiguación de los negocios ajenos, ni hará lo que se llaman experimentos en las sesiones espiritistas; es decir, que no deberá hacer nada que pueda tomarse como un fenómeno sobre el plano físico. Podrá, si lo prefiere, enviar un mensaje a un muerto; pero está lejos de su poder el devolverlo de un muerto a un vivo sin las directas instrucciones del Maestro. Pues el conjunto de los protectores invisibles no constituye en sí mismo un ministerio de policía, ni una agencia de información astral, sino que sencilla y tranquilamente hace tales obras como es dado hacerlas y como lo hacen.

Mucha gente piensa que la protección en este sentido puede ser perjudicial, temiendo una colisión con el actor de la gran ley de la Divina Justicia. Es en verdad una idea extraña suponer que el hombre contienda con la ley. Todos sabemos cuan a menudo sucede que nos empeñamos con todas nuestras fuerzas en auxiliar a un compañero, aun siendo incapaces realmente de hacer algo bueno por él. Este es un caso claro en el que no está en el destino del hombre que sea ayudado y así no podrá hacerse nada en beneficio suyo. Aun entonces nuestro esfuerzo no se perderá, aunque no se produzca el efecto que hemos intentado. Esa tentativa siempre nos producirá un gran bien a nosotros mismos, y podemos asegurar también que producirá alguno en quien hemos tratado de auxiliar, aunque lo deseado no se haya cumplido justamente como hubiéramos querido. Es totalmente verdad que nadie puede obtener remisión de sus propias faltas, y que en toda desdicha recae en uno el resultado de un crimen cometido en otro tiempo. Pero esto no es una razón para aminorar nuestro esfuerzo en auxiliar a alguno.

Si sabemos que puede llegar al extremo del necesario sufrimiento, que ha de pagar justamente sus deudas y que necesita de una mano auxiliadora que le levante del lodazal, ¿por qué no hemos de ser nosotros la mano que haga esa buena obra? No hemos de temer jamás que nuestras débiles tentativas pugnen con las leyes de la Naturaleza, o que produzcan el menor embarazo a aquellos que las administran.

Veamos como un hombre es capaz de hacer tal obra y de dispensar la protección que hemos descrito; así comprenderemos cuales son los límites de su poder y veremos cómo nosotros mismos podemos, en alguna extensión, conseguirlos. Debemos primeramente pensar cómo el hombre deja su cuerpo en el sueño. Abandona el cuerpo físico de manera que queda en completo reposo; pero él mismo, su alma, no necesita descansar, porque no siente fatiga, y únicamente el cuerpo físico es siempre el que se cansa. Cuando hablamos, así, de la fatiga mental, no nos expresamos realmente bien, pues el cerebro, pero no la mente, es quien se cansa. En el sueño, pues, el hombre utiliza sólo su cuerpo astral en vez de su cuerpo físico, y es únicamente el cuerpo lo que duerme, y de ningún modo el hombre mismo. Si pudiéramos

examinar, penetrando en él, un salvaje durmiendo, probablemente hallaríamos que estaba casi tan dormido como su cuerpo, porque tendría una escasísima conciencia en el vehículo astral de su pertenencia. Sería incapaz de separarse de las próximas inmediaciones donde durmiese su cuerpo físico, y si intentase hacerlo volvería sobre sí despertando con terror.

Si examinamos un hombre más civilizado, como por ejemplo uno de nosotros mismos, encontraremos una gran diferencia. En este caso el hombre, en su cuerpo astral de ningún modo permanecerá inconsciente, sino pensando muy activamente. Sin embargo, podrá tener muy pocas más noticias de su vecindad que el salvaje, aunque no sea por la misma razón. El salvaje está incapacitado para ver, y el hombre civilizado está muy sobre su propio pensamiento por lo que no puede ver, aunque quiera. Tiene tras sí la inmemorial costumbre de una gran serie de existencias en las que no ha usado las facultades del astral, y así esas facultades, gradual y tardíamente, han desarrollado en él una costra, algo como un polluelo que vegeta en un huevo. Esa cáscara está compuesta de grandes masas de pensamientos egoístas, en los que de ordinario cae el hombre irremisiblemente. Todos aquellos que de un modo principal han llamado la atención de su mente durante la mayor parte de la vigilia, le continúan usualmente cuando cae dormido, y queda rodeado así de una valla hecha por él, por la que prácticamente nada conocerá de lo que pulula en lo exterior. De un modo ocasional, y muy raras veces, algún choque violento de lo externo, o algún fuerte deseo de su propio interior, puede desgarrar esa cortina de nieblas por un momento y permitirle recibir alguna impresión definida; pero aun entonces la cortina vuelve a unirse inmediatamente y el sueño seguirá como antes.

¿Podrá estar despierto?, se preguntará. Sí; lo que puede ocurrir en cuatro diferentes casos.

Primero: en el más remoto futuro, la lenta, pero segura, evolución del hombre disipará indudablemente de un modo gradual esa cortina de niebla. Segundo: el hombre mismo, conociendo las causas del hecho, puede por un firme y persistente esfuerzo despejar el camino de su íntima oscuridad y por grados vencer la inercia resultante de las

edades inactivas. Puede resolverse antes de dormir a intentarlo cuando deje su cuerpo, despertar y ver algo. Esto es sencillamente una precipitación del proceso natural, y no habrá peligro si tal hombre ha desarrollado de un modo previo su razón y sus cualidades morales. Si éstos faltasen, podrá muy tristemente apenarse, pues corre el doble peligro de perder los poderes que ha adquirido y de morir de pánico a la presencia de fuerzas que ni puede comprender ni detener. Tercero: en ocasiones, ha ocurrido por algún accidente o por el empleo de ilegítimas ceremonias mágicas, que el velo no ha podido cerrarse de nuevo. En tal caso el hombre ha quedado en esa terrible condición tan admirablemente descrita por Madame Blavatsky en su cuento Una vida encantada en Sophia, revista teosófica, año II, 1894., o por lord Lytton en su magnífica novela Zanoni. Cuarto: algún amigo de los que conocen perfectamente al hombre y que le creen capaz de resistir los peligros del plano astral y de hacer desinteresadamente el bien, puede hacer caer aquella cáscara y gradualmente despertarle a tan altas posibilidades.

Pero no hará tal a menos de crearle absolutamente seguro, con ánimo, con devoción y en posesión de las cualidades necesarias para obrar bien. Si en todos esos particulares ha sido juzgado favorablemente será invitado y ya podrá unirse a la hueste de protectores.

Por lo que se refiere a la obra que hacen semejantes protectores, he ofrecido muchísimos ejemplos de ella en la obrita que he escrito bajo el título de Protectores invisibles; no repetiré, pues aquellos casos ahora, pero sí indicaré principalmente las diversas suertes de obras que efectúan de un modo más principal. Es natural que haya una gran variedad de géneros y que muchísimas de ellas no se efectúan físicamente; sin embargo, podemos referirlas a dos clases: actuaciones en los vivos y actuaciones en los muertos.

El proporcionar confort y consuelo en la tristeza o en la enfermedad a un sujeto, es comparativamente una tarea facilísima para ellos, y uno puede estar así constantemente auxiliado sin saber por quién. Es lo que les pasa, con frecuencia, a las personas que experimentan una gran perplejidad y que a la noche se acuestan

preocupadas con algún problema insoluble; en tal caso muchas veces pueden obtener una solución, o más bien ser ayudados por una decisión adecuada.

Nota: En nuestro saber popular existe el prudente y oculto consejo que dice: “consúltalo con la almohada”

Esto jamás se efectuará sugestionando o influyendo la mente de nadie; y no debemos pensar que el protector sea una especie de mesmerizador. Es muy fácil, también, que alguien imagine que el protector influye por un designio o un propósito deseado por él; pero eso sería violar uno de los más estrictos preceptos de su obra. Este caso puede presentársele al hombre que duda; pero aceptada esta opinión arguye a favor de lo contrario, pues aquél no deberá ejercer su poder, aunque el hombre lo consienta hasta que se asegure que puede haber un desastre si su consejo no es aceptado. Pero hay muchísimos indagadores ardorosos que ansían realmente la luz, y el proporcionársela, como el disponerlos para que la produzcan, es uno de los más grandes placeres del protector. Las sugerencias pueden hacerlas, y constantemente las hace a escritores, predicadores, poetas, artistas, así para los asuntos que escogen, como para la manera de tratarlos, y desde luego sin ningún conocimiento de parte del recipiente o recipiendario de la fuente de su inspiración. Además, piensa ser así un perfecto compañero dando tales nuevas y originales ideas, pero a lo que no da importancia, pues ningún protector desea acreditarse por lo que hace. Si poseyese tal sentimiento de autoglorificación, inmediatamente quedaría excluido del rango de protector. Muchos en muchas ocasiones tienen como un protector a su lado, a un predicador o a un escritor, y pueden tras su inclinación ampliar y más liberalmente ver un asunto que él previamente ha visto; y aunque a veces es imposible alcanzar este favor, con todo en muchos casos se logra algo de ello del plano físico.

Frecuentemente se esfuerzan en apaciguar las discordias, y efectúan una reconciliación entre aquellos que hace tiempo se separaron por diferencias de opiniones o de intereses. A veces les ha sido posible advertir a los hombres de algún grave peligro que amenazaba sobre sus cabezas para que lo evitasen, y han existido casos en que tales

advertencias se hicieron hasta en vista de cosas puramente materiales; pero lo más general es que se den esos avisos sobre peligros morales. De un modo ocasional, y en contadísimos casos, les permite ofrecer un solemne aviso a uno que lleva una vida mundana para devolverle así al buen camino.

Cuando saben también que ha de ocurrir en un tiempo un particular trastorno a un amigo, se esfuerzan en defenderle y le prestan fuerza y confortan.

En las grandes catástrofes, también con muchísima frecuencia, se hace mucho por aquellos cuyo trabajo no reconoce el mundo exterior. A veces permiten que una o dos personas se salven; y así ocurre que con motivo de una temible y espantosa destrucción oímos que alguien ha escapado de ella, estimándolo como un milagro.

Pero esto acontece sólo cuando entre los que están en peligro hay uno que no debe morir en el trance, uno que debe a la ley Divina lo que no ha de pagarse en esa forma. En la gran mayoría de los casos, todo aquel que puede, hace algún esfuerzo para comunicar fuerza y ánimo frente al acaecimiento, y entonces después de llamar las almas así que llegan al plano astral, son acogidos y asistidos luego.

Esto nos lleva a considerar una de las partes más grandes e interesantes de nuestro trabajo: la protección de los muertos. Pero antes que tratemos de ella, hemos de destruir las ideas erróneas y ordinariamente equívocas que hay acerca de la muerte y de la condición de los muertos. Los muertos no están muy lejos de nosotros, no han cambiado entera y repentinamente, y no se han transformado en ángeles o en demonios. Son justamente seres humanos, exactamente como lo fueron antes, ni mejores ni peores, y están aún más cerca de nosotros que antes, siendo sensibles a nuestros sentimientos y a nuestros pensamientos. Hemos de procurar libertarnos de esa antigua y extraña ilusión por la que un muerto es algo sellado y que nada puede hacerse por él. Hay enteramente -por extraño que parezca- cientos de pueblos que realmente creen que pueden pensar y pedir por sus amigos mientras están en la vida; pero que en el momento que desaparecen (mueren) no sólo juzgan inútil, sino hasta malvado rogar por ellos y pensar en ellos cariñosamente.

Parecerá increíble que un ser humano pueda mantener tan insana doctrina; pero es seguramente un hecho que aún hay en esta vigésima centuria quien se aferra a tan extraña superstición.

La verdad es exactamente lo contrario, pues precisamente cuando el hombre ha muerto, es cuando puede más fácilmente sentir y aprovecharse de los buenos y cariñosos pensamientos y oraciones de sus amigos. No tiene entonces el pesado cuerpo físico para exteriorizar su simpatía; pero vive en el cuerpo astral, que es el verdadero vehículo de la emoción, y así siente todo contacto e instantáneamente le contesta. Así es cómo irresistiblemente se apena el muerto cuanto se daña el egoísta. El muerto siente toda emoción que pasa por el corazón de sus amados, y si ellos se entregan desconsideradamente a la pena, lo que produce una correspondiente bruma de depresión sobre él, dificultan su estado que debían sus amigos haber comprendido mejor.

Hay también muchos auxilios que pueden suministrarse al muerto en diferentes respectos.

Primeramente, muchos de ellos, por no decir la mayor parte de los mismos, necesitan una explicación respecto del nuevo mundo en que se encuentran. Su religión debió haberles instruido sobre el caso y sus nuevas condiciones de vida; pero en la inmensa mayoría de los casos no se dice nada sobre el particular. Las horrendas falsedades extendidas tan industriosamente respecto al fuego eterno y otros horrores teológicos, hacen tanto perjuicio sobre el otro lado del sepulcro como sobre éste, y eso que, por supuesto, en este plano hay muchas vidas condenadas. Pues una vez más, aunque a una persona razonable le parezca increíble, hay pueblos que creen en ese grotesco y cruel absurdo.

Creen que a menos de ser sobrehumanamente buenos (y realizan lo contrario) están amenazados de un fuego futuro (infierno) y con frecuencia son también tan imposibles las condiciones de fe para alcanzar la “salvación”, que ninguno está seguro de haberlas llenado cumplidamente. Por esto ocurre que muchos de ellos se encuentran bajo una gran inquietud y que otros lo están, bajo un positivo terror. Necesitan ser auxiliados y confortados, pues cuando encuentran el terrible fantasma que ellos y sus antecesores han engendrado tras los

tiempos -ideas de un demonio personal y de una horrible y cruel deidad-, quedan reducidos a un lamentable estado de miedo, que no sólo es excesivamente terrible, sino muy malo para su evolución; lo que naturalmente cuesta mucho tiempo y trabajo al protector para ponerle en una comprensión más razonable.

Hay hombres a quienes esta entrada en una nueva vida parece que les da por primera vez una ocasión para verse a sí mismos como realmente son, y algunos de ellos se llenan entonces de remordimientos. Aquí otra vez los servicios del protector necesitan explicarse, pues lo que ha pasado ha pasado y el único efectivo arrepentimiento es resolverse a hacer nada más que esta cosa: que todo lo que ha podido hacer no se ha perdido para el alma; pero que debe empezar, desde luego, a buscarse a sí mismo y esforzarse en vivir la verdadera vida para lo futuro. Algunos de ellos se apegan apasionadamente a la tierra donde todos sus pensamientos e intereses se han fijado, y sufren mucho cuando la han perdido y suspiran por ella. Otros están aterrados por los pensamientos criminales que han cometido o por los deberes que han dejado incumplidos, mientras otros, a su vez, están acongojados por la situación de aquellos que han abandonado. Todos estos casos necesitan una explicación y a veces es también necesario para el protector guiar sus pasos sobre el plano físico con objeto de realizar los deseos del muerto, y así dejarle libre y franco el paso para más altos asuntos.

Los pueblos son muy inclinados a considerar la parte oscura del espiritualismo; pero no debemos olvidar nunca que han proporcionado una gran suma de bien en esta suerte de trabajo, dando a los muertos una oportuna intervención en sus negocios tras una súbita e inesperada partida.

Un hombre puede en ocasiones ser libertado de sus malas compañías, después de muerto, justamente como pudiera serlo durante su vida.

Hay hombres de todas clases, y los hay que, en vez de sentir remordimiento por sus malas acciones, se esfuerzan hasta en proseguirlas o continuarlas. El hombre que ha frecuentado los antros del vicio durante su vida, no es raro que continúe haciéndolo tras la

pérdida de su cuerpo físico. Ahora bien: ciertas enseñanzas de toda suerte pueden suministrarse al muerto, que podrán ser de la mayor utilidad para él, no respecto de la vida que entonces vive, sino para el conjunto de sus existencias futuras. Sé cuánto resisten muchos a aceptar la realidad de la cosa, a comprender cómo los muertos están cerca de nosotros, y cuán completamente el protector puede hablar y comunicar con ellos como si fueran físicos aún. Muchas gentes lo creen imposible y nos piden pruebas de ello. Yo no sé cómo podemos obtener pruebas si no estudiamos este asunto por nosotros mismos, examinando pacientemente la evidencia, y últimamente desarrollando en nosotros el poder de ver y oír todo esto por nosotros mismos.

Aquellos de nosotros para quienes todo esto es un asunto de la experimentación diaria, apenas procuran argüir sobre ello. Si un ciego viene hacia nosotros y principalmente trata de persuadirnos de que no es tal cosa como la vemos y que si lo creemos se lo mostremos, sufriremos bajo su infortunada alucinación siendo deferentes, pues no trataremos ansiosamente de perder el tiempo conteniendo con él. Nosotros diríamos: Lo he visto y mi experimentación diaria me lo ha mostrado; a otros hombres, creyentes o no creyentes, no les ha afectado el hecho. Yo pienso que el escéptico a veces olvida que no hacemos prosélitos, y que si él no puede creer, nadie sino él es el que pierde.

Es un hecho, pues, el que pueden directamente suministrarse enseñanzas a un muerto.

El no podrá adquirir detalles de su próxima vida terrestre; pero podrá, sin embargo, almacenar conocimiento en su alma, así que cuando esté próximo a presentársele sobre el plano físico, podrá enseguida comprenderlo, e instintivamente reconocer lo que es verdad. Otro punto es el de la disponibilidad del cuerpo astral por el deseo elemental. No tengo tiempo ahora para entrar en detalles de este proceso; pero es uno que reborda el progreso del hombre en los estados post-mortem, y el protector puede mostrarle cómo vencerá esas dificultades.

Seguramente es un feliz pensamiento el que el tiempo de más

necesario reposo para el cuerpo, no es necesariamente un período de inactividad para el verdadero hombre interior. En un tiempo creí que el espacio concedido al sueño se malgastaba lastimosamente; pero ahora comprendo que la Naturaleza no hace un despilfarro en sus labores, como el perder un tercio de la vida del hombre. Desde luego, se requieren ciertas condiciones para esta obra; pero las he indicado ya tan cuidadosamente al final de mi obra antes citada, que no necesito sino mencionarlas aquí:

1º Se debe ser justísimo y el trabajo de ayudar a los demás ha de ser el primero y principal deber de uno.

2º Debemos tener sobre nosotros mismos un perfecto dominio; dominio sobre el temperamento y sobre los nervios. Nunca debemos guiarnos por las emociones, impidiendo que el trabajo se debilite gradualmente; sobrepongámonos al enojo y al miedo.

3º Hemos de ser perfectamente serenos, tranquilos y complacientes. Los hombres sujetos a la desesperación y al cansancio son inútiles, pues una gran parte de su trabajo ha de ser cuidar y calmar a los demás, ¿y cómo podrían hacerlo los que constantemente se hallasen en un mar de excitaciones o cansados?

4º El hombre debe tener ciencia, ha de tener ya instrucción, aquí bajo, en este plano, de todo lo que puede sobre el otro, pues él no ha de esperar que los hombres pierdan un tiempo precioso en enseñarle lo que debe haber adquirido por sí mismo.

5º Debe ser perfectamente desinteresado. Ha de estar por encima de los sentimientos disparatados y malsanos. No ha de pensar en sí propio, sino en el trabajo que hace; así es que deberá alegrarse cumpliendo los más humildes deberes sin arrogancia ni envidia.

6º Le debe rebotar de amor el corazón. No será un sentimentalista, pero sentirá el intenso deseo de servir, de ser como el canal por el que el amor de Dios, como la paz de Este mismo, pase inteligentemente al hombre.

Se puede pensar que éste es un modelo imposible; pero por lo contrario es accesible a cualquier hombre. Hará falta tiempo para ello;

pero seguramente será un tiempo bien empleado. No nos separemos descorazonados, antes más bien pongámonos al trabajo ahora mismo, y esforcémonos en ser aptos para esta gloriosa empresa, y mientras la ejecutamos no debemos estar ociosos, sino esforzarnos en conducir una parte del trabajo a lo largo de sus líneas. Cada uno conoce algún caso de pena o de aflicción, sea entre vivos o entre muertos, no importa; si conocéis uno, pues, fijadlo en vuestra mente cuando caigáis en el sueño y resolveos a ir hacia esa persona, cuando estéis libre de vuestro cuerpo, y empeñaos en confortarla. No podréis tener conciencia del resultado, no podréis recordar nada a la mañana siguiente, pero a buen seguro que vuestra resolución no será estéril, y que recordéis o no lo que habéis hecho, será muy cierto que habéis hecho algo. Algún día, más tarde o más temprano, se evidenciará que habéis obtenido un éxito. Recordad que, así como ayudemos seremos ayudados; recordad que desde lo más bajo a lo más elevado estamos todos incluidos en una larga cadena de mutuos servicios, y que aunque estamos sobre el peldaño más bajo de la escala, llega desde esta tierra de niebla, a las regiones donde sempiternamente brilla la luz de Dios.